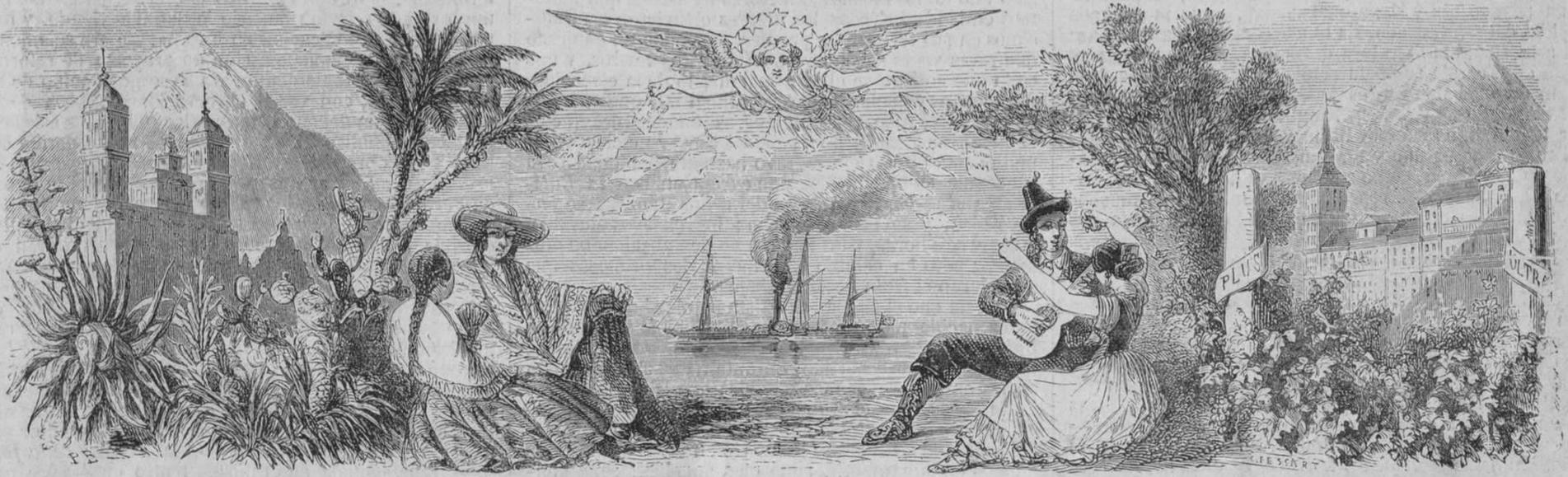


# EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.  
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

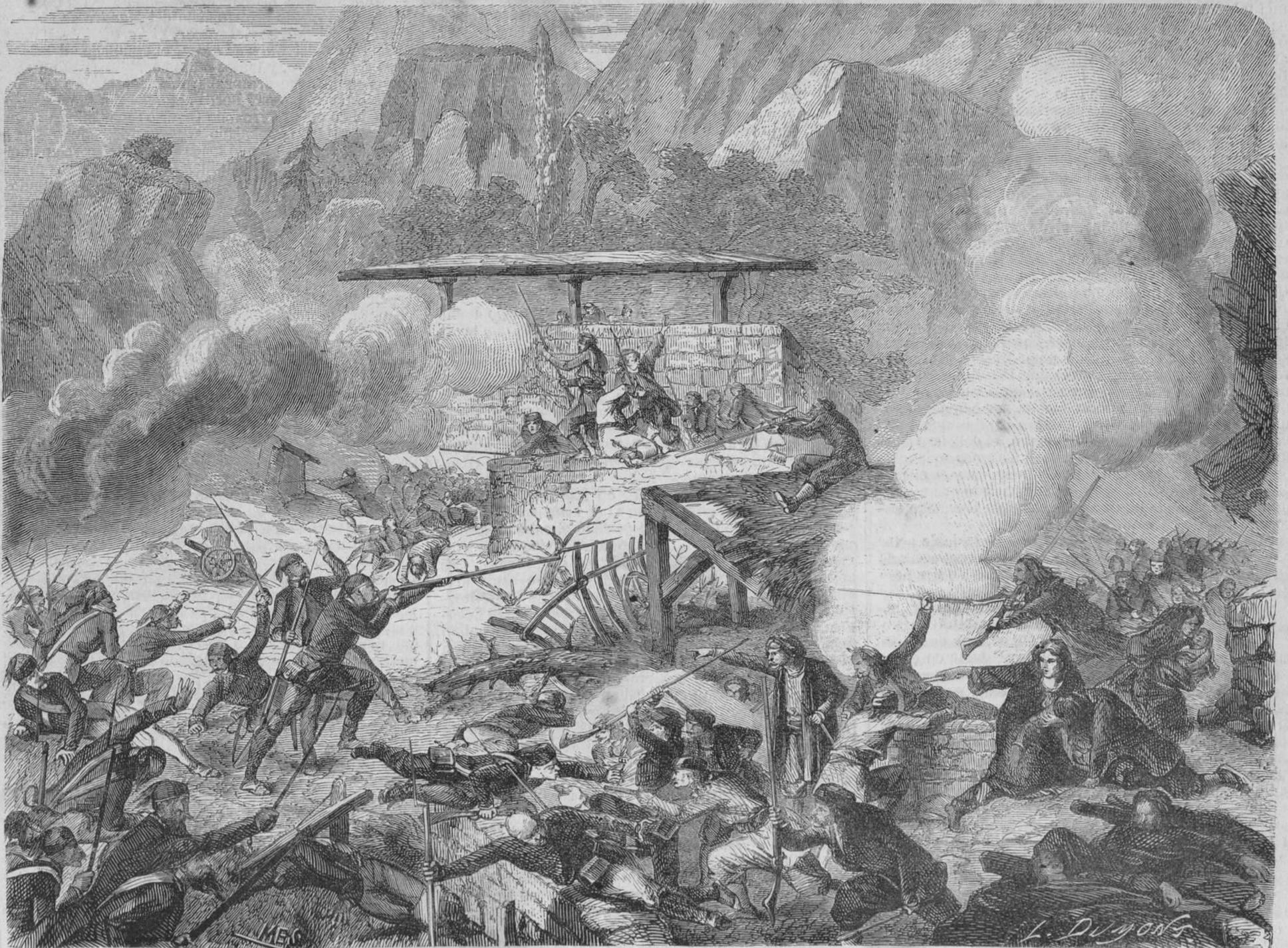
AÑO 21. — Nº 511.

## SUMARIO.

Ataque de la montaña Beteliza por Cenghed-bey; grabado. — Don Fernando Ossorio. — Revista de Paris. — Madagascar. — La reina de Portugal saliendo de

Génova; grabado. — Inauguracion del ferro-carril de Nantes á Lorient; grabados. — Lilia. — Los generales Pope y Kearny; grabados. — Una misa militar en el campamento de Chaffal; grabado. — Segundo dia de la batalla de Bull's-Run; grabado. — Una terrible puc-

ba. — Exposicion de Londres; grabado. — Un volcan cerca de Roma; grabado. — Exposicion de los envios y de los grandes premios de Roma; grabados. — Biografia española. — Real Academia española. — El señor Belle Sedie; grabado. — Problemas de ajedrez; grabado.



Ataque de la montaña Beteliza (Herzegovina) por Cenghed-bey, á la cabeza de un cuerpo otomano.

## Don Fernando Ossorio.

NECROLOGIA.

El último correo de Madrid nos ha transmitido una dolorosa noticia. El joven é inteligente actor don Fernando Ossorio ha fallecido en aquella capital, despues de una penosísima y larga enfermedad, en la madrugada del 26 del mes pasado. Es una pérdida irreparable para el arte y para la literatura dramática. El teatro español está de pésame, como lo estuvo el día en que pasaron á mejor vida don Carlos Latorre, don Juan Lombía y don Antonio de Guzman. Ninguno de estos tres artistas ha tenido digno sucesor hasta la hora presente: el público se acuerda una y otra noche de Latorre, de Lombía y de Guzman, como se acordará de Fernando Ossorio, siempre que se represente alguna de las muchas producciones en que este malogrado actor lucia sus grandes facultades artísticas.

Fernando Ossorio era un actor *enciclopédico*. Excepto la tragedia clásica, todos los demás géneros le eran familiares, y en todos demostró repetidas veces un genio de los mas privilegiados. No tenia rival en esas piezas en un acto, de origen francés, y que hacen la delicia del público del *Palais-Royal* y de *Variétés*, de París; es decir, en esas piezas, algunas traducidas por Breton de los Herreros, por Vega, por Segovia, otras por personas menos entendidas en esto de traducir, — y que se titulan en castellano: *No mas muchachos*, *la Familia del Boticario*, *Un hablador sempiterno*, *el Maestro de escuela*, *el Aguador y el misántropo*, *Un protector del bello sexo*, *Un tigre de Bengala*, *la Familia improvisada*, *Por no escribirle las señas*, y otras muchas que sería inútil enumerar. Es preciso tener una gran viveza, mucha flexibilidad, un don especial para copiar é imitar la naturaleza, para mudar de fisonomía, para cambiar la voz; todo esto y aun mas es necesario para el desempeño de las piezas que he mencionado, y que han hecho en la capital de Francia la reputacion de Ravel, Arnal, Lassagne, Gil-Perez, Hyacinthe y Lheritier. Para representar esas piezas es preciso que el actor se constituya en mero fotógrafo, que aparezca en el teatro tal como se nos aparecen en el mundo los personajes que tiene que representar, que suelen ser generalmente tipos especiales; es necesario que no quite ni ponga, que no se quede corto, ni menos aun que exagere: lo que ve en el mundo, — lo mismo en un salón que en una taberna, tiene que reproducirlo en el teatro: esta es la diferencia que hay entre un retrato de Velazquez ó de Van-Dyk, y un retrato de Disderi ó de Nadar. Un artista tiene que copiar y que embellecer al mismo tiempo; un fotógrafo tiene que copiar únicamente. Fernando Ossorio comprendia esto perfectamente, y cuando le veíamos en alguna de aquellas piezas, era un mero fotógrafo, pero un buen fotógrafo, de verdadero talento, de instruccion y de suma habilidad.

El actor que recogia todas las noches gran cosecha de aplausos en los papeles del género cómico, se hacia aplaudir lo mismo en los papeles de *galan*. Recuérdese el personaje de *Eliso de Medinilla* en ALARCON, el de *Gabriel en Vida por honra*, el de *don Sancho* en LAS QUERRELLAS DEL REY SABIO. Nada dejaba que desear en esta clase de papeles, y el público de Madrid que juzga á los actores con mas imparcialidad que la critica, aplaudia á Ossorio lo mismo en *Vida por honra* que en *la Familia improvisada*, pues si en esta pieza se reia con el actor eminentemente cómico, que le entretenia con todo género de farsas, en el precioso drama de Hartzbusch veia á aquel mismo actor transformado en un rendido *galan* del tiempo de Felipe IV, digno, apasionado, vehemente. ¿Qué mas se podia exigir? Latorre que no tenia rival en *Sancho Garcia*, por ejemplo, ¿cómo hubiera representado *la Familia improvisada*, ó *Un protector del bello sexo*? ¿Y á Guzman, el delicioso Guzman de *el Sordo en la posada*, le habríamos aplaudido en *Borrascas del corazon*? En Francia, que es el país en donde hay mejores actores, no recuerdo que ninguno haya hecho lo que hacia diariamente Fernando Ossorio.

Uno de los grandes triunfos de este inolvidable actor era *la Vaquera de la Finojosa*. No habia representado en los teatros de Madrid mas que papeles de gracioso y de *galan* joven, cuando el señor Eguilaz le confió el principal papel de aquel drama. Grandes dificultades tenia que vencer el actor encargado del hermoso personaje de don Lorenzo Suarez de Figueroa, una de las figuras mas simpáticas que pueden presentarse en escena; Ossorio las venció todas, aun en las situaciones mas difíciles, como en el final del acto segundo, y en la hermosa escena en que sus vasallos le toman juramento. El simpático personaje que nos retrata con tan vivos colores Fernan Perez de Guzman en sus *Generaciones y semblanzas*, estaba fielmente reproducido por Ossorio, quien sin duda habia hecho un grandísimo estudio del padre de la linda *Vaquera*, esposa mas tarde del insigne marqués de Santillana.

Otro de los grandes triunfos de Fernando Ossorio era *la Culebra en el pecho*. Es muy posible que sin Ossorio no se hubiese representado aun este drama del señor Ramirez. Dos actores de reputacion le habian leído: ambos le habian calificado de peligroso, de arriesgado, y preciso es convenir en que no les faltaba alguna razon. *La Culebra en el pecho* es una de esas producciones, cuyo resultado depende única y exclusivamente de la ejecución, y sobre todo del desempeño del personaje principal. No es mi intencion al decir esto disminuir en

lo mas mínimo el mérito de la comedia tan aplaudida de mi amigo el señor Ramirez; á veces las mejores obras son las que están mas expuestas á esa terrible palabra que se llama *fracaso*, así como suelen ser las únicas que obtienen eso que se llama *triunfo completo*. Esto aconteció con la comedia del señor Ramirez, tan admirablemente interpretada por Ossorio, el cual demostró que no era únicamente un artista de relevante mérito, sino uno de los mejores directores de escena que teniamos en Madrid. Todos los actores estuvieron acertadísimos en sus respectivos papeles, formando un conjunto que raras veces se suele ver en nuestros teatros, y que es lo que constituye el principal mérito de la ejecución. Sin muchos y buenos ensayos es imposible que una producción esté bien representada, y aunque desgraciadamente en España no es fácil ensayar muchas veces una misma obra, Ossorio tuvo bastante habilidad para conseguir que se hiciera una excepcion con *la Culebra en el pecho*. La comedia del señor Ramirez se ensayó bien, y se ensayó mucho: los ensayos duraban cinco y seis horas, y los actores no descansaban un momento; pero en cambio ellos fueron los primeros que recogieron el fruto de sus trabajos.

Parecia que el simpático artista á quien hoy lloramos, habia nacido para representar el principal papel de *la Culebra en el pecho*. Causaba horror ver á aquel infeliz luchando á brazo partido, durante tres actos, con una de las enfermedades mas terribles que Dios nos puede enviar, y para la cual todos los remedios que la ciencia conoce son completamente inútiles. Me acordaré toda mi vida de la cara de Ossorio en los horribles momentos de la agonía...; ¿qué ojos aquellos! ¿qué contorsiones! ¿cómo se contraian todas sus facciones! ¿cómo se revolvía por el suelo! No parecia un hombre en aquellos instantes, hacia el efecto de una culebra... Con razon se titula la comedia *la Culebra en el pecho*. ¿Pobre Ossorio! ¿Quién nos hubiera dicho aquella noche que la enfermedad de que se hallaba herido el personaje que estaba representando, y cuyos padecimientos y agudos dolores supo fingir tan admirablemente, habia de conducirlo al sepulcro algunos años despues? ¿Quién sabe si ya entonces empezaria á sentir los primeros sintomas de esa terrible enfermedad que se llama hipertrofia?...

Gracias á Ossorio se representó el drama de Ramirez; gracias tambien á Ossorio se representó otro drama titulado *el Tio Martin*, ó *la Honradez*, traducido por don Eduardo Rosales. Otros dos actores distinguidos habian rehusado representar esta obra, calificada igualmente que *la Culebra en el pecho*, de *peligrosa y arriesgada*. Ossorio leyó el drama, y al día siguiente empezaron los ensayos. Todo Madrid acudió al teatro del Principe para aplaudir á Ossorio en *el Tio Martin*, uno de los personajes que ha caracterizado con mas acierto. He visto posteriormente esta producción en uno de los teatros de París, magistralmente representada por *Paulin Menier*, para quien se escribió, y desde luego no dudo en decir que Ossorio rayaba á mayor altura, sobre todo en las escenas capitales del segundo acto, cuando llega á saber la mala conducta que habia observado su hijo en París. Era imposible llevar mas allá la ficcion: habia momentos en que el espectador olvidaba que todo aquello era mentira. La obra arriesgada y peligrosa fué uno de los mayores triunfos del inolvidable Ossorio, y si realmente merecia aquella calificacion, doble triunfo para el que habia tenido el gran talento de salvar el riesgo y de vencer el peligro.

Al lado de Valero y de Lombía, de Arjona y de Romea, de Calvo y de Guzman, Fernando Ossorio habia aprendido de estos eminentes actores todo lo que podia aprenderse, tomando de cada uno lo mejor de su escuela. Gran partido sacó tambien de los excelentes consejos que le daba en algunos ensayos el insigne autor del *Hombre de mundo*, el cual tenia una marcada predileccion por Ossorio. Nadie ignora que don Ventura de la Vega es un actor de primer orden, y su exquisito gusto en materias de arte y de literatura le ha dado tanta reputacion como aquella primorosa comedia. Pero Ossorio no se contentaba con haber visto y estudiado todo lo que se podia ver y estudiar en España; su amor al arte iba mucho mas allá, y un viaje artístico al extranjero era su sueño dorado. Lo verificó al cabo en la primavera de 1860; vino á París, recorrió todos los teatros, especialmente el *Francés*, el *Odeon* y el *Gimnasio*, que son los tres principales, y en los que se rinde mayor culto al arte. Admiró á Samson, á Regnier, á Bressant, á Geffroi, á todos los grandes artistas de la *Comedia Francesa*: Lafontaine, Federico Lemaitre, Paulino Menier, Melingue y otros actores de justa reputacion, á quienes vió representar una y otra noche, le enseñaron mas que todo lo que hubiera podido aprender en las obras de declamacion que se han escrito hasta el día. Asistia á los ensayos, visitaba los estudios de los pintores escenógrafos, recorria todas las dependencias del teatro, conferenciaba con los directores de escena; en una palabra, daba cuantos pasos eran necesarios para ponerse al corriente del estado de la declamacion en un país que tiene fama, y con razon, de ser el primero en este importantísimo arte. Despues de haber estudiado en París, pasó á Londres, y con el mismo afan recorrió los teatros de *Drury-Lane*, de *Haymarket*, de *Adelphi* y de la *Princesa*. En este tuvo ocasion de admirar al famoso actor Carlos Kean, uno de los artistas de mas genio que ha producido la capital del Reino Unido, el gran intérprete de las gigantescas creaciones de Shakspeare.

Concluidas sus dos excursiones á París y Londres, marchó Ossorio á Valencia, en donde dirigió el teatro *Principal*, por no haber encontrado cabida en los tea-

tros de Madrid. La residencia de Ossorio en las dos grandes capitales de Europa, en union de su hermano Manuel, no será estéril para la declamacion española, pues si los autores dramáticos y los actores han tenido la desgracia de perder al joven entusiasta, al artista inteligente y simpático, aun les queda un manuscrito de suma utilidad, fruto de sus laboriosas tareas en París y Londres. Me refiero á una obra que ignoro si estará ya terminada, pero que comenzó á escribir en París; era una extensa relacion de todo lo que iba viendo, y que podia tener su aplicacion en España. No era solamente un curso de declamacion, sino un proyecto de reforma de teatros, un reglamento para la organizacion de un teatro modelo, con varias observaciones acerca de la proteccion que deben dispensar los gobiernos á los espectáculos públicos, etc., etc. Si mal no recuerdo, esa importante obra debia titularse *El teatro, su pasado, su presente y su porvenir*. Es de esperar que el hermano de Fernando, uno de los pocos actores de mérito que aun nos quedan, y su hermano político, el distinguido escritor don Luis Mariano de Larra, se encargaran de publicar cuanto antes un libro que puede ser tan útil y provechoso para el teatro español.

Fernando Ossorio era poeta; escribió varias composiciones líricas, algunas muy buenas. Era tambien autor dramático, y su primera producción, *¡Por ella!* se estrenó en el teatro del Principe en 1856. Es una bonita comedia de costumbres, bien versificada, cuyo pensamiento moral mereció justos elogios, y el éxito que obtuvo esta obra sirvió de estímulo al aplaudido autor para escribir su segunda comedia, *la Aurora de la fortuna*, representada en el mismo teatro en 1859, y que fué tambien muy aplaudida. Otra obra tenia pensada, y aun escrito el primer acto, de lo mejor que recuerdo haber oido en estos últimos tiempos. Altamente filosófico era el pensamiento de esa nueva producción, que se titulaba, me parece, *¿Cuál de los dos?*

Fernando Ossorio nació en Sanlúcar de Barrameda en octubre de 1830. Empezó desde muy niño á aficionarse al teatro; fué algun tiempo apuntador en Sevilla; mas tarde marchó con Valero á Barcelona, luego fué á Madrid con Lombía, y trabajó con este eminente actor en el teatro de la Cruz, al lado de la señora Baus, y de los distinguidos actores Catalina y Ossorio (don Manuel). Desde 1851 hasta 1859 ha estado constantemente en Madrid, primero en los *Basilios*, luego en *Varietades*, y mas tarde en el *Principe*. Ya he dicho que aprendió muchísimo al lado de Arjona, de Romea y de Guzman. — ¿Quién puede olvidar el *Calamocha* del Sr. LAS NIÑAS, el ridículo protagonista del *Maestro de baile*, el asistente del *Querer y el rascar*, el *Carnioli* de DALLA, el sacristan del *Cura de aldea*, el apuntador del *Caballero del Milagro*, y tantos otros papeles de distintos géneros en los que arrancaba todas las noches los mas entusiastas aplausos? Pocos actores eran tan queridos del público como Fernando Ossorio; mas, ninguno. Joven, muy joven ha bajado al sepulcro, cuando mas le sonreía la suerte, cuando todos sus deseos se veian cumplidos, con un porvenir brillante, querido de sus maestros y de sus compañeros, respetado por sus discípulos, aplaudido en todos los principales teatros de España, elogiado por todo el mundo, siendo la esperanza de los escritores y de los amantes del arte... ¡pobre Ossorio! — El día en que falleció, dice un periódico de Madrid que recibo en este instante, recordaba algunos trozos de diferentes comedias; y entre sus pensamientos de cristiano y sus aspiraciones de artista, esperó su hora postrera, sorprendiéndole la muerte al pronunciar estas palabras: « ¡Dale!! ¡Dale!! ¡Bravo!! ¡Bravo!! » ¡Quizá le sonreía un nuevo triunfo! El cielo le haya otorgado el que concede á los justos.

CARLOS DE OCHOA.

Paris 2 de octubre de 1862.

## Revista de Paris.

Nada mas singular que el clima de París; de la noche á la mañana se pasa del invierno á la canícula, como está sucediendo en este instante, á pesar de las fatídicas predicciones de M. Mathieu de la Drome, que nos ha anunciado un mes de lluvias. El termómetro ha subido como en los días mas calorosos del estío, y los parisienses que habian abandonado á principios de octubre el dulce far niente de la vida campestre, deploran hoy su precipitacion que les tiene expuestos á la angustiosa temperatura de este inesperado veranillo que estamos atravesando. Los empresarios de teatros se desesperan, pero en cambio los directores de las funciones al aire libre, como espectáculos ecuestres, conciertos y bailes, se encuentran con una despedida feliz de la temporada. Sin embargo, la sorpresa no será de larga duracion; quizá mañana veamos la realizacion del pronóstico fatal de M. Mathieu de la Drome.

A propósito de la vida campestre, tenemos que contar hoy una anecdotilla que prueba que los caseros rústicos suelen tener tan singulares pretensiones como los urbanos.

A principios del último verano un amigo nuestro fué á ver una casita desalquilada en la línea del ferro-carril del Norte, á corta distancia de Paris.

La habitacion era pequeña, pero muy linda, y su dueño pedia tres mil francos por seis meses.

El inquilino decia que era caro, y el casero contestaba que era de balde, y en prueba de ello enumeraba con mucho énfasis las excelentes condiciones de la posesion.

— El jardín es precioso, decia.

— Sí, es muy bonito. Sin embargo, no me gusta esa praderita de yerba tan alta que se extiende delante de la casa: pero en fin, me importa poco, la mandaré arrancar y pondré flores.

— ¡Oh! No, señor, no quiero que se quite.

— ¿Y porqué?

— Porque acuden á esa yerba muchas mariposas, y por consiguiente es fácil cogerlas.

— Me es indiferente, yo no me divierto en semejante caza.

— Pues yo sí, es uno de mis pasatiempos, y todos los domingos vendré á coger mariposas en el prado.

— ¿Los domingos cuando viva yo en la casa?

— Sí, señor, lo exijo como cláusula del trato.

— ¡Ah! Eso es otra cosa.

— Pero no tenga Vd. cuidado, que no le incomodaré, al contrario; se reirá Vd. mucho viéndome correr detrás de las mariposas.

Nuestro amigo no pudo menos de convenir en que sería muy gracioso en efecto ver la persecucion de las mariposas por aquel casero rechoncho de mas de cincuenta años.

Este buen señor continuó haciendo el panegirico de su casa.

— Pero aun no lo he visto todo, dijo el inquilino, me falta subir al piso segundo.

— Es inútil, no tiene mas que dos cuartos.

— Muy bien; sin embargo, bueno será verlos.

— ¿Para qué? Vd. no los habitará...

— ¿Cómo que no?

— Ciertamente, yo los reservo para mi hermano.

— ¿Pues no dice Vd. que alquila su casa entera?

— Menos esos dos cuartos, donde acostumbra mi hermano á pasar el estío, porque los médicos le han ordenado el aire y las distracciones del campo.

— ¿Está enfermo?

— Sí, señor, el infeliz está loco.

— ¡Ah!

— Pero no se asuste Vd. Su locura es lo mas inofensivo que puede haber en el mundo, y además le guarda un hombre que no le pierde de vista un solo instante. Apenas oirá Vd. sus gritos alguna vez... y luego, en sus ataques tiene cosas que no podrán menos de hacerle reír á Vd. á carcajadas.

— Muy bien; ¿y esta es otra condicion del alquiler de la casa?

— Sí, señor.

— ¿Y el último precio es tres mil francos?

— El último, nada rebajo.

— Pues hace Vd. mal, porque la distraccion de la caza de las mariposas y la vecindad de un loco que hace reír á carcajadas merecerian una rebaja considerable, para que un hombre en su sano juicio consintiera en tomar su casa.

Y sobre esto nuestro amigo se retiró dejando muy enfurecido al cazador de mariposas.

Los periódicos de la semana cuentan un caso de suicidio motivado por un error deplorable.

Raimundo X..., casado hace algun tiempo con una jóven llamada Alicia, á quien amaba tiernamente, parecia el hombre mas feliz de la tierra, cuando de repente cayó en una tristeza profunda, cuya causa no quiso descubrir á nadie.

Hace dos meses Alicia fué convidada por una tía suya que vive cerca de Montereau, para pasar con ella algunos dias; el marido instó á la mujer para que aceptase el convite, pero al propio tiempo la dijo que sus negocios le impedian acompañarla.

Con efecto, la llevó á la estacion del ferro-carril de Lyon, y llegado el instante de la marcha la estrechó en sus brazos con frenesí, mientras corrian por sus mejillas dos lágrimas que vanamente habia tratado de contener en sus ojos.

Alicia quiso consolarle, pero se oyó la señal y fué preciso separarse.

En el camino aquel abrazo, aquellas lágrimas y el aire singular de su marido, provocaron en la jóven esposa una inquietud tan grande, que no fué dueña de dominarla, y al llegar á la estacion de Melun, se apeó y esperó que pasara un tren con direccion á Paris, para volver á su domicilio.

Hízolo así en efecto, y al llegar á su casa encontró cerrada la puerta de su habitacion, sin que nadie saliera á abrirla á pesar de sus golpes, pues el portero la aseguró que Raimundo estaba dentro. Un olor á carbon que percibió, aumentó sus recelos; desesperada pide socorro, derriban la puerta y hallan á Raimundo tendido sobre su cama, cerca de la cual ardia un brasero lleno de carbon.

Por fortuna vivía aun, y los remedios que le aplicó un facultativo le reanimaron.

Raimundo atribuyó su tentativa de suicidio á una pérdida de dinero que supuso haber hecho; pero Alicia se informó secretamente y descubrió que no habia semejante pérdida.

Nuevamente quiso arrancar á su marido el secreto que parecia atormentarle; pero Raimundo permaneció firme en su reserva.

Sin embargo, poco á poco vió que su semblante se aclaraba, y al fin pudo creer que la causa de su tristeza habia desaparecido.

Alicia se confirmó en esta idea, cuando su marido la anunció que se vistiera para ir con él á la Opera. Efectivamente, despues de la comida se viste y le acompaña al teatro.

En el primer entreacto Raimundo sale pretextando que tenia que ver á un amigo que vive por allí cerca, y no parece mas. Esperándole, las antiguas inquietudes se despiertan en Alicia con mas fuerza, y antes de concluirse la funcion sale del teatro y corre á su casa. Otra vez es preciso derribar la puerta, y ahora encuentra á su marido ahorcado, teniendo en una de sus crispadas manos una cartera, cuya vista fué toda una revelacion para su esposa.

Alicia tenia una prima con el mismo nombre que ella. Algunos años antes esta jóven habia entablado relaciones con un individuo, que despues de haberla dado palabra de casamiento la habia abandonado, para contraer un enlace mas ventajoso en cuanto á intereses. La engañada habia querido rescatar sus cartas de manos del infiel, devolviéndole en cambio las que tenia suyas, y que podian comprometerle en su nueva poscion, y ha-

bia suplicado á su prima que desempeñara este encargo; pero la negociacion habia sido infructuosa, y la cartera que encerraba esta correspondencia se habia quedado en manos de la esposa de Raimundo, que concluyó por olvidar semejante depósito recibiendo mientras estaba aun soltera.

Con esto se comprenderá cómo un fatal error habia despertado en Raimundo unos celos retrospectivos que habia tenido vergüenza de confesar, y que habian acabado por producir su muerte voluntaria.

La Biblioteca imperial de Paris acaba de enriquecerse con una coleccion importantísima que ha sido regalada al establecimiento por el señor duque de Luynes. Para demostrar cuál es su valor, nada mas oportuno que señalar en guarismos las tasaciones hechas por M. Chabouillet, conservador del gabinete de antigüedades y medallas en la Biblioteca, quien ha recibido la coleccion del señor duque de Luynes en nombre del Estado.

Hé aquí el resumen de sus diferentes capítulos:

Los bronces. . . . .	600,000 fr.
Las monedas griegas. . . . .	100,000
Las piedras grabadas. . . . .	150,000
Los camafeos. . . . .	150,000
Las monedas de la edad media. . . . .	200,000
Total. . . . .	1.200,000

El donativo se ha hecho sin condicion, pero es probable que se formará una seccion separada con las preciosidades de que tan generosamente se ha desprendido el señor duque de Luynes.

Un periódico de teatros, el *Figaro-Programme*, ha publicado un curioso artículo para probar que las mujeres de la Grande Opera de Paris se han moralizado. Entrando en pormenores sobre este asunto interesante, el autor del escrito señala una porcion de esposas honradas y de buenas madres de familia, que crian á sus hijos y ajustan las cuentas á la cocinera ni mas ni menos que el vulgo de las mortales.

«La Dorus-Gras, se dice en el artículo, hacia media como una aldeana durante los entreactos; la Lauters dirige su casa con la regularidad de una institutriz, y la Tedesco seria muy capaz de ir á la compra, como una provinciana, si su grandeza no la tuviese atada de piés y manos.»

Despues el articulista enumera varios ejemplos para probar que de esas legiones de sirenas incensadas por el público se han destacado muchas que han sabido conquistar por asalto un título de nobleza.

Hé aquí los ejemplos principales:

1684, señoras Rolland, bailarina, marquesa de Saint-Genies. — 1708, Moreau (Fanchon), cantatriz, marquesa de Villiers. — 1742, Grognet, bailarina, marquesa d'Argens. — 1752, Rosaly, corista, madama Masson de Maison-Rouge. — 1755, Sullivan, figuranta, lady Crawford d'Auchimanes. — 1760, Leduc, figuranta, condesa de Clermont. — 1761, Grandpré, figuranta, marquesa de Senneville. — 1762, Lemaure, cantatriz, condesa de Montbruel. — 1763, Chouchou, figuranta, presidenta de Mesnieres. — 1768, Lolotte, figuranta, condesa d'Hérouville. — 1771, Marquise, figuranta, marquesa de Villemonble. — 1784, Cleron, cantatriz, princesa d'Anspach. — 1790, Levasseur, cantatriz, baronesa del Saint-Empire, condesa de Mercy-Argenteau. — 1794, Saint-Huberti, cantatriz, condesa d'Entragues. — 1797, Clairvalle, llamada Guignon, presidenta de Campistrion-Maniban. — 1825, Augusta Menestrier, bailarina, marquesa de Cussy. — 1847, Lola Montes, bailarina, condesa de Lansfeld. — 1853, Alboni, cantatriz, condesa Pepoli. — 1853, Dumilatre, condesa Clarke del Castillo.

Vemos pues que la Academia imperial de música es un plantel de condesas y marquesas capaz de rejuvenecer á una aristocracia en decadencia.

Hemos tenido de nuevo en Paris á los embajadores del Japon, que esta segunda vez han pasado desapercibidos para los parisienses. Esta semana han salido de Francia á bordo del *Requin*, que les lleva á Lisboa á costa del Estado.

Cuéntase que estos embajadores han tenido en Lóndres una solemne decepcion. Sabido es que en los paises europeos que habian visitado, los gobiernos les habian hecho la galantería de hospedarlos gratuitamente, y ellos se figuraron que lo mismo les sucederia en Inglaterra. Sin embargo, temiendo la indiscrecion de los diarios, moderaron sus gastos, y su cuenta no se elevaba mas que á la módica suma de 20,000 pesos fuertes.

Los embajadores recibieron la nota, y sencillamente se la enviaron al ministro, quien les contestó:

— No pago.

— ¿Y porqué? preguntaron los embajadores.

— Porque la Constitucion inglesa no me autoriza para ello; necesitaría un bill del Parlamento.

Los japoneses pagaron sin regatear como conviene á tan altos personajes.

En los teatros nada ha habido esta semana que merezca señalarse. Se está esperando de un dia á otro la apertura del teatro Lírico, que tiene en el dia otro empresario ó director, como dicen los franceses, y es M. Carvalho. Se anuncia que la funcion de inauguracion ofrecerá un espectáculo curioso. M. Carvalho se propone organizar para esa noche una especie de gran concierto en el cual tomarán parte los principales artistas de su compañía, siendo de advertir que en esta figuran nombres de gran valía, como los de las señoras Miolan-Carvalho, Faure, Lefebvre, Girard, Lemercier y Paulina Viardot, y los de los señores Battaille, Monjauze, Sainte-Foy, Bonnesseur, Bouvard, etc. Entre las óperas que se cantarán en los primeros meses de la temporada, se citan la *Perla del Brasil*, la *Reina Topacio*, las *Bodas de Figaro* y la *Estatua*.

En los Italianos se anuncia la *Lucia de Lamermoor* con la Frezzolini; la ópera y la artista no dejarán de llamar la atencion de los aficionados. En la última página de este número verán nuestros lectores el retrato del señor Delle Sedie, un barítono de energía y de gracia, de buena escuela de canto y sin rival en las situaciones patéticas. En esta temporada no ha cantado aun mas que en la *Cenerentola*; pero es de esperar le veamos bien pronto en *Rigoletto*, que es, digámoslo así, su caballo de batalla.

MARIANO URRABIETA.

## Madagascar.

(Conclusion. — Véase el número 502.)

Algunos dias despues Ranavalo anunció que acabaria con el cristianismo, aun cuando tuviese que hacer pe- recer á todos los cristianos. Desde aquel dia se prohibió el bautismo, asi como el descanso del domingo, por ser contrario á las costumbres ovas. Todo cristiano debió reconocerse culpable y entregar los libros sagrados que tenia en su posesion bajo pena de muerte. Mas de cuatrocientos oficiales fueron degradados, y hubo individuos del pueblo condenados á mulla. Los misioneros partieron el 18 de junio de 1835. Esta medida se dirigió principalmente contra los ingleses, y sobre todo contra los ministros *comerciantes*, entre los cuales habia uno que hacia el tráfico de esclavos, de donde le habia venido el sobrenombre de Mozambique. Los ovas temian la suerte de los habitantes de las islas de la Oceania. La política fué pues la causa de esta persecucion. Sin embargo, la avidez comercial de los ministros protestantes no habia dejado de excitar la envidia y la avaricia de los jefes ovas que no tienen mas recursos que el comercio. La tirania de Ranavalo ya no conoció limites, y nuevos alzamientos fueron el pretexto de las mas horribles crueldades. En 1836 en una expedicion contra los sakalaves, los ovas se llevaron setecientos prisioneros. En 1837 persiguieron á Tsimeiku hasta Nossi-Be.

En el mismo año el ministro de la Marina, M. Duperré, envió al capitan Garnot á Madagascar con mision de proponer á Ranavalo un tratado de comercio; pero ella no quiso darle oidos. Algunos malgachos ovas obtuvieron licencia para pasar á Francia, y á su vuelta les fué mandado que no dijeran nada de cuanto habian visto en este pais, bajo pena de la vida.

Los traficantes de la costa Este fueron objeto de vejámenes sin cuento por parte de los agentes ovas, y de molestias que se convirtieron muy luego en verdaderas persecuciones; habian sido amenazados con el incendio si se quejaban á su gobierno. No obstante, viéndose en peligro se quejaron; les enviaron buques, y á pesar de la presencia de M. Delaroque de Champfráis, sus propiedades fueron quemadas. Las tripulaciones salvaron cuanto pudieron. Poco tiempo despues un tal Pinson fué cogido, atado y vendido por los ovas, y se amenazó de nuevo á los traficantes con los mayores peligros. Su situacion era tanto mas grave, cuanto que los males que sufrían habian sido aconsejados á los ovas por algunos de ellos, que envidiosos porque no hacian exclusivamente el comercio de la grande tierra malgacha, fueron bastante cobardes para excitar á esos bárbaros contra sus compatriotas y suministrarles armas. Una casa les vendió hasta treinta mil fusiles con bayonetas, procedentes de Inglaterra y de Francia. Su insolencia llegó á tal punto, que estas dos naciones debieron enviar buques para proteger á sus nacionales.

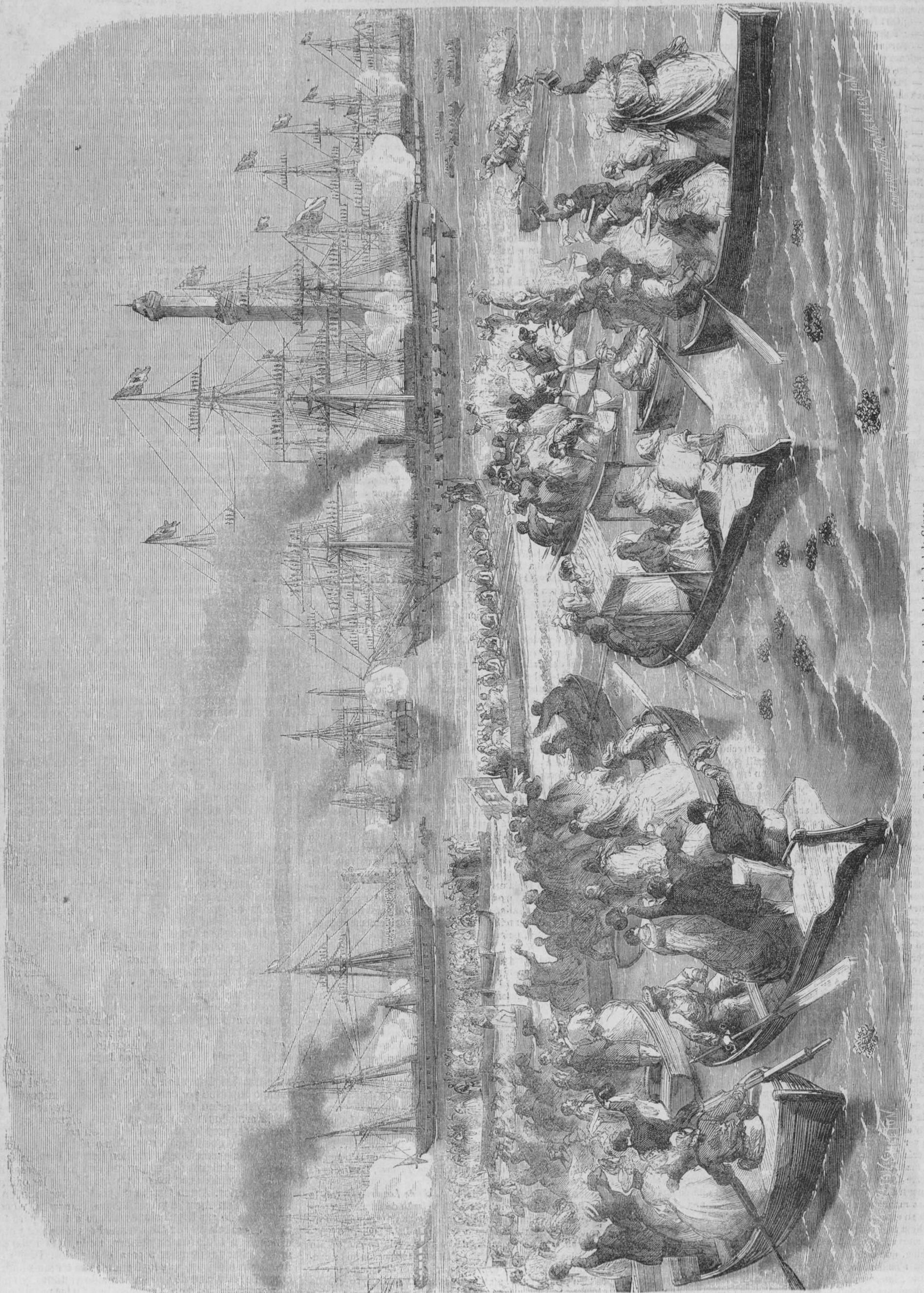
Todo el mundo sabe cuál fué el resultado de la expedicion de Tamatave, mandada por M. Romain-Desfossés. Con ella perdieron mucho prestigio los franceses, é interpelado M. Guizot en ambas camaras, declaró que la Francia mantenía sus derechos y no habia abandonado ninguno de ellos.

La marcha de los buques irritó tambien á los ovas. Se prohibió á todo francés é inglés la arribada á las costas, aun en el caso de peligro. Los traficantes que aun estaban allí tuvieron que salir ó naturalizarse. Algunos se quedaron, y otros prefirieron abandonar el pais antes que perder su nacionalidad. Entonces se vió que los primeros no habian sido extraños á la resistencia de los ovas, y engañado por ellos el gabinete francés, renunció á la idea de imponer al gobierno de Ranavalo el castigo que merecia.

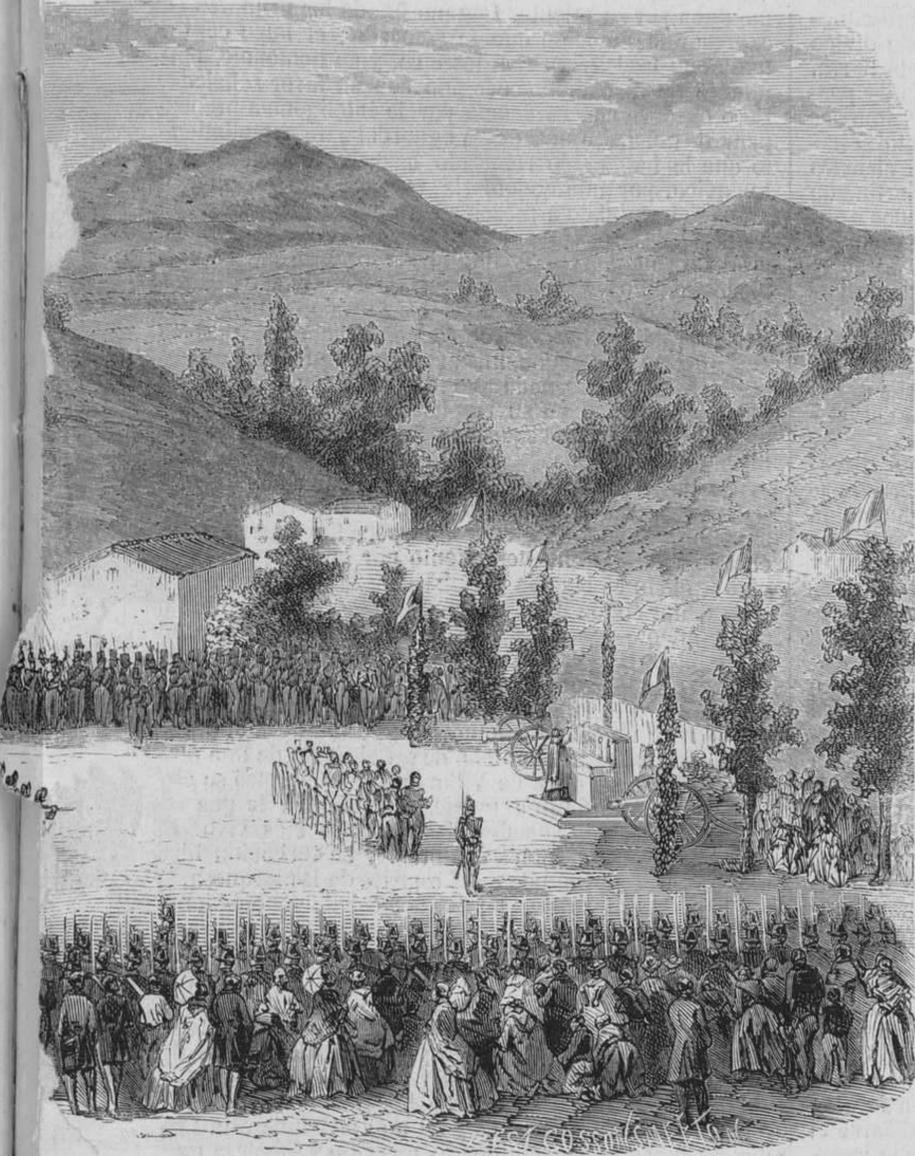
El desenlace del ataque de Tamatave habia excitado la insolencia de aquellos bárbaros, y les habia infundido la idea de que eran superiores á los ingleses y á los franceses.

« Los ingleses mas fuertes que los franceses, decia uno de los oficiales en el fuerte Delfin en su mal lenguaje, y nosotros que hemos batido á los ingleses y á los franceses, mas fuertes que todos ellos. Jamás ninguna nacion tomará á Madagascar. »

No obstante, por aquella misma época un crecido número de tribus recobraron su independencia. Viendo los ovas que su poderio declinaba cada dia, resolvieron una expedicion contra los sakalaves del sudoeste, y fueron batidos delante de San Agustin, pero el buque que habian fletado fué á fondear en la bahía. Los jefes de la costa al ver la bandera francesa pasaron á bordo, y mientras les festejaban levaban las anclas; al mismo tiempo supieron por una canoa que los enemigos habian hecho irrupcion sobre su territorio, y creyeron se les habia armado un lazo. Sin embargo, algunos lograron escaparse, pero los prisioneros fueron conducidos á Tananarivo y quemados vivos. Como el buque en donde se habia consumado esta traicion llevaba bandera francesa, los sakalaves se imaginaron que los franceses estaban convenidos con los ovas, y así fué que los odiaron como á estos. Algun tiempo despues aparecieron en la bahía de San Agustin varios buques franceses, y como una parte de sus tripulaciones saltara á tierra para traficar, los sakalaves cometieron muchos asesinatos y otros crímenes á título de represalias, tanto, que hubo que mandar buques de guerra para castigarlos. Posteriormente reconocieron que los franceses no tenían ninguna culpa de la traicion de que habian sido víctimas, y en su consecuencia, les dieron satisfacciones y les permitieron que comerciaran nuevamente en sus puertos.



S. A. R. la reina de Portugal saliendo de la ciudad de Génova.



ampo del Chaffal (Francia).

me detenido un instante para admirar aquella vasta soledad y las lindas siluetas de las montañas azules y vaporosas que rodean las montañas por todos lados, cuando oí una fuerte detonación parecida a un cañonazo, y luego adelantando un poco vi a la derecha el material de dos baterías de campaña guardado por un pelotón de artilleros.

El camino comenzaba a bajar rápidamente, y yo me aventuré en él. Grande fue mi sorpresa cuando al volver un recodo descubrí en el fondo de una garganta varias hileras de tiendas blancas y bien alineadas, y mas allá unos quinientos caballos atados a las estacas. El silencio mas profundo reinaba en medio de todas aquellas casitas de lienzo que parecían desiertas, y sin embargo eran las once. Tres cañonazos resonaron entonces en medio de aquellas montañas, y en un prado a la izquierda del campamento vi tres escuadrones de caballería formando el cuadro delante de un altar improvisado y adornado con ban-



Philip Kearny, general de caballería, muerto en Centreville el 1º de octubre.



batalla de Bull's-Run.

BEST. COSSOY SMITH.

deras y verdura: un sacerdote decía la misa. Una música militar tocaba con perfección una sinfonía religiosa.

Era un espectáculo imponente, admirablemente decorado por la naturaleza.

Los artilleros alineados, inmóviles y brillantes como para una parada, los oficiales en el centro del cuadro, los sargentos condecorados ayudando la misa, los aldeanos de la comarca, los curiosos que habían llegado de ocho leguas a la redonda, todos en el mas completo silencio, formaban en medio de aquellas montañas un grandioso conjunto.

Un cañonazo anunció el fin de la ceremonia.

Entonces me acerqué a algunos oficiales que quisieron darme algunas noticias, pues yo no comprendía la presencia de tantas fuerzas en un lugar siempre tan apacible y solitario. Supe pues, que siendo muy costoso el establecimiento de un polígono de artillería en la llanura que se extiende desde Peyrus hasta Chabeuil, el regimiento número 18 de artillería montada, mandado por el coronel Ducasse, de guarnición en Valence, se veía en la precisión de cubrir aquellos postreros contrafuertes de los Alpes del Delfinado para ejecutar sus escueltas de tiro sobre la meseta del Chaffal, terreno casi inculto, de tres a cuatro mil metros de largo. Gracias a la movilidad del nuevo material y a la inteligencia del servicio de la artillería, hombres, caballos y material, todo llegó sin accidente. M. Rosset, canónigo honorario de la catedral de Valence, tuvo a bien llenar las funciones de capellan, mientras permaneció allí el campamento.

F. T.

### Una terrible prueba.

(Continuación.)

— ¡Silencio! ¡loco! le respondió el conde apretando la mano del cantor con una violencia grande y faltándole poco para prorumpir en gritos: ¿no reconocéis a esa mujer?

— No, y estoy seguro de no haberla visto en mi vida, porque semejante figura no se olvida pronto. ¿La habremos encontrado por casualidad en nuestros viajes?

— Esa mujer, esa pretendida marquesa es sor Angela, la novicia del convento de Maviello.

— ¡Imposible! exclamó el músico, aquella religiosa tenía una figura demasiado comun, y esta es sorprendente. ¿Cómo será posible? Por otra parte, ¿cómo una pobre ursulina se transforma de un golpe en marquesa? porque ella es realmente marquesa de Villareal, ha sido recomendada en esta calidad al gran duque por el cónsul de España que conocía toda su familia.

En este momento el silencio mas profundo se restableció en la sala; la señorita de Villareal iba a cantar. Lugano, cuya atencion se hallaba aislada de cualquier otra por aquel nuevo objeto de curiosidad, se quedó como los otros silencioso.

Después de los primeros sonidos que articuló aquella voz maravillosa, el músico, trasportado, se volvió repentinamente hacia su amigo.

— ¡Ella es! le dijo temblando de emoción, ¡reconozco aquella voz entre mil! ¡es la novicia de Maviello!

El primer sentimiento que experimentó el conde de Zamparella al reconocer bajo los atavíos de una reina de la moda la severa figura de la monja de Maviello, fué lamentarse y formar una idea maligna cuyo motivo no se explicaba, pero cuya influencia sufría con un arrebato que le hacía injusto para con la marquesa de Villareal, para con Lugano y consigo mismo.

Ludovico había olvidado absolutamente la hermosura extraña y casi inexplicable de sor Angela.

Pero el elegante y suntuoso adorno de la marquesa revelaba en aquel momento todo el poder de una belleza por el conjunto de sus facciones, y la expresión resplandeciente de una fisonomía animada por la mirada mas magnética que puede concebir un poeta. Ludovico, admirando en ella los tesoros de gracia que el sayal de monja había robado cruelmente a su ávida curiosidad, se echaba en cara instintivamente el tiempo perdido de una culpable indiferencia.

— Casi lo había adivinado, se decía a sí mismo, ¡cuánto no he descubierto con ese talento de observación que se me achaca! Si nuestros jóvenes caballeros saben que yo he podido ver este incomparable rostro sin quedar herido de la perfección sobrehumana de sus facciones, será deshonrado entre mis rivales, y con justicia. ¡Lugano la encontraba defectuosa! Las sugerencias de ese obtuso talento me han extraviado, hé aquí mi culpa, continuaba el conde lanzando miradas de impaciencia al pobre músico, que estaba demasiado absorto por la atencion que prestaba a los divinos acentos de la marquesa para conocer la desgracia que le amenazaba. Los pensamientos de Ludovico apenas le permitían entregarse al encanto embriagador de aquella voz maravillosa. Escuchaba sin entender mezclando instintivamente pruebas de su admiración a aquel murmullo que se hace escuchar algunas veces en un auditorio apasionado, y que es el mas grato triunfo que puede desear un autor. El espectáculo que fascinaba sus ojos cerraba sus oídos a las nuevas seducciones que acababan de solicitarle.

La marquesa, en efecto, se mostraba con todo el esplendor de una belleza realmente incomparable; el entusiasmo que brillaba en sus miradas, la animación de su canto, difundían en sus facciones una expresión que aumentaba el encanto, y parecía rodearla de una aureo-

la de fuego. Era el genio que resplandecía sobre aquella hermosa figura, y que señalaba con su sello divino una creación que parecía apenas pertenecer a la tierra.

Así pues, las formas voluptuosas de una mujer perfecta no estaban ya, como otras veces, aprisionadas bajo el tosco vestido de religiosa; aquella tez que se había descolorido bajo las sombrías paredes del claustro volvía a tomar los matices delicados que repartía con profusión sobre ella la juventud y la salud. Todos estos accesorios de que se adorna la figura de una mujer, y que una vanda envidiosa robaba entonces a las miradas, completaban en este momento el conjunto total que había soñado Ludovico. Una frente despejada, llena de nobleza, blanca y perfectamente pura, coronaba aquella magnífica base trazada por el doble arco de las cejas, y abundantes cabellos negros inundaban con sus ondas lucientes y tersas un cuello y hombros dignos del pincel de Praxiteles.

— ¡Ay de mí! murmuraba en silencio Ludovico cerando con furor el puño, mientras que el otro brazo pasado por entre las plumas de su sombrero le mantenía a su costado sobre la guarnición de la espada; ¡ay! hé aquí un diamante que no debía brillar sino para mí, y ahora despide, después de dos meses, sus preciosos reflejos ante todo un pueblo, y sin que yo pudiese entonces disputar su posesión a ninguno de los caballeros ricos y galantes que encierra Florencia. ¡Hé aquí una diosa de quien yo debía hacer la apoteosis, y que sin duda ya se ha embriagado con los incienso que yo solo hubiera podido hacer humear a sus pies! Ahora su elección está hecha sin duda, y mis homenajes no servirán sino de hacer mas glorioso el triunfo de un rival.

Ludovico olvidaba en su amorosa inquietud que él era el primero entre todos los hombres que había hecho lucir en la imaginación de aquella mujer el pensamiento, el halagüeño pensamiento de su superioridad, y que según el secreto impulso de la naturaleza aquel homenaje contrapesaba en todos los que la habían sido prodigados desde su aparición en el mundo.

Angela de Villareal no ignoraba nada cuando vió al conde de Zamparella. Cuatro meses hacía que había entrado en el convento de Maviello, donde lloraba la doble catástrofe que la había privado en el mismo año de un padre y una madre a quienes quería tiernamente; el exceso de su dolor había apartado su alma de las cosas terrenas, y había formado el proyecto de dedicarse al culto del Señor. Este designio, fomentado por la superiora del convento, quedó indeleblemente fijo en el pensamiento de sor Angela hasta el momento en que el conde Zamparella y el buen Lugano habían revelado a la joven hija de Dios los tesoros que la naturaleza le había concedido en su talento y hermosura.

Algunos días después de los aplausos importantes que sor Angela obtuvo en la ceremonia de tomar el velo, que hemos descrito, la joven religiosa fué a buscar a la superiora de la comunidad, y la anunció sin ningún preámbulo la determinación adoptada de dejar el convento y volverse al mundo.

No fué esto sin graves dificultades, porque la señorita de Villareal tuvo que vencer las objeciones de la abadesa, que deseaba conservar en la comunidad una religiosa destinada a su mayor ornato. La superiora, que amaba verdaderamente a la joven novicia y que admiraba en ella una vocación que no había observado en ninguna otra, ensayó inútilmente la influencia de las exhortaciones ascéticas, empleó, aunque en balde, todas las seducciones de la ambición monástica, ofreciendo al pensamiento de sor Angela la perspectiva del título de abadesa, que la estaba inevitablemente destinado. La señorita de Villareal resistió valerosamente tanto a las reprensiones como a las súplicas, y con grande admiración de sus hermanas, con gran escándalo de la comunidad, se la vió dejar el convento para volver a tomar en el mundo el rango que su nacimiento la señalaba.

El ruido de estos sucesos fué durante algunas semanas un duelo general para el monasterio, y cuando volvió a él para ver a la hermana Beatriz, de la casa Zamparella, que era su amiga mas querida, la frialdad de sus antiguas compañeras le indicó suficientemente el grado de menosprecio que había merecido de ellas desde su salida del convento; pero la señorita de Villareal no pareció apercibirse de la desgracia de que era objeto, y continuó, a pesar de las distracciones de su nueva existencia, visitando todas las semanas a la amiga con quien partía su tierna afección, y que la recibía con tanto celo como la joven Angela ponía en verla.

¿Qué podrá explicar la secreta inclinación que ligaba a la joven marquesa de Villareal con la hermana del conde Zamparella? ¿Era por conformidad de caracteres, de inclinaciones ó sufrimientos? ¿O bien Angela no veía en Beatriz mas que la hermana de Ludovico? La verdad es que las dos jóvenes, que en su primera entrevista habían sentido una inclinación mutua, no se habían ligado intimamente mas que después de la ceremonia de la toma del velo.

Y sin embargo de que nunca el nombre de Ludovico había sido pronunciado en sus conversaciones por la señorita de Villareal, hubiera sido fácil a un observador mejor que sor Beatriz observar la atención exclusiva de Angela en las conferencias en que la joven religiosa hablaba de su hermano, de su posición en el mundo, y de los proyectos que se proponían para el porvenir; pero volvamos nosotros a la situación del conde y de su amigo en el salón de la marquesa de Villareal.

Cuando se concluyó la pieza que cautivaba la atención de la sociedad, cada uno se apresuró a manifestar a la bella cantatriz la sincera admiración que experi-

mentaba por su talento. Lugano fué de los primeros en expresar la emoción que le sofocaba; el buen cantor tenía aun las lágrimas en los ojos, y su homenaje, palpitante de verdad, fué acogido con un favor señalado. Pero observó con evidencia por la inteligencia preocupada de músico, que Angela aguardaba un cumplimiento que la había sido rehusado hasta entonces, porque Ludovico, por una coquetería refinada de modestia, se había determinado a mezclar sus aplausos con los de la multitud.

— No os conozco ya, dijo el cantor a su amigo volviendo al sitio retirado donde se había confinado: os retiréis cuando debierais estar a los pies de la marquesa. Yo he creído deber expresarla colectivamente nuestra admiración, y he dado a mis palabras un giro que espero no la haya dejado nada que desear. Sin embargo, he observado ironía en su respuesta. Dios me perdone; pero pienso que la marquesa atiende mas a vuestra aprobación que a la mía.

El conde se sonrió con amargura y se volvió sin responder hacia una señora que se llenó de orgullo por la atención casual que la concedía; pero fué interrumpido en aquel comun entretenimiento por la marquesa, que vino a él sin afectación y embarazo.

— Señor conde, le dijo, vamos a recordar un antiguo conocimiento que habeis sin duda olvidado, porque no me habláis de él; venid mañana, añadió bajando sus largos párpados, que tengo que hablaros de vuestra hermana.

Ludovico no estaba enamorado; pero tal era el ardor del deseo que experimentaba de ser el objeto de una distinción de la señorita de Villareal, que su rostro se cubrió al instante de una palidez marcada, a la que un momento después sucedió el encarnado mas vivo. El conde murmuró algunas palabras, y su turbación hizo una impresión profunda en el espíritu de la marquesa.

El conde Zamparella poseía demasiado conocimiento del mundo, y la costumbre de triunfos para conservar en el campo de batalla la ventaja que había obtenido sin buscarla, y sin embargo, la emoción, ó mas bien el placer que volvió a sentir estuvo lejos de hallarse en relación con la vivacidad del deseo que experimentaba un instante antes. Este deseo participaba del temor de ver su mérito eclipsado por algún feliz antecesor, y la alegría de su triunfo tenía mas de orgullo satisfecho que de una esperanza realizada y de un amor animoso. Ludovico jamás había sentido una afección verdadera mas que por sí mismo, porque hasta entonces todas sus acciones no se habían referido mas que a su propia dicha y a su bienestar. No conocía al amor mas que por sus embebecimientos pasajeros, no hallaba en la felicidad de un tierno cariño mas que frívolos sucesos de amor propio. Las pasiones desenfrenadas del galante caballero necesitaban bobas víctimas y no amantes. En cuanto al título de esposo, jamás le había ocurrido la idea de dársele un día siquiera a una de sus damas. Miraba el matrimonio como una especulación, como un medio de fortuna, y no como el resultado posible de una inclinación.... ¡Pobre Angela! ¡Era prudente trocar el amor puro que consagrabas a tu Dios, por el de semejante hombre! ¡Debias dejar la dulce paz del convento por los combates, alarmas y dolores de una pasión sin esperanza!

Durante el resto de la noche Ludovico no habló ya a la marquesa de Villareal, que hacía los honores de la casa con la mayor gracia, y que repartía su atención entre todos sus convidados; pero mas de una vez sus miradas encontraron a las de Angela y se hablaron un lenguaje para el que no había necesidad de intérprete, porque el conde Zamparella, uno de los hombres mas gallardos de su época, contaba entre sus mas peligrosas seducciones la ventaja de una fisonomía llena de nobleza, talento y energía, mientras que en realidad sus sentimientos estaban lejos de corresponder a la distinción de su exterior.

— ¿Habeis hecho las paces con la marquesa? dijo Lugano subiéndose a la silla del conde cuando se concluyó la fiesta.

Ludovico respondió con un movimiento afirmativo de cabeza, bostezando de una manera espantosa.

— ¡En buen hora! repitió el modesto Lugano disponiéndose para dormir. ¿A qué altura te hallas?

— Me ama.

— ¿Os ama? exclamó el músico levantándose con tal vivacidad que llenó la silla de una nube de polvo blanco que soltó su peinado.

— ¡Eh! *mio caro*, murmuró el conde lisonjeado interiormente de esta muestra de asombro excesivo, aplaca un poco la vivacidad de tus movimientos. ¿Qué hay de sorprendente en lo que he dicho?

— ¡La marquesa, la incomparable Angela amar a un simple mortal! ¡qué digo! ¡a un loco, a un corrompido que profanaría la divina esencia de aquel ángel! ¡Oh! no, esto es imposible. ¡Dios no permitirá semejante sacrilegio!

— ¡Lugano! dijo el conde sorprendido de aquella salida vigorosa que al músico inspiraba su confianza; ¿por qué es esta locura, os pregunto? ¿Los cantos de la marquesa han exaltado vuestra cabeza florentina hasta el punto de turbar vuestra pobre razón?

— Quizá, repitió el músico en un estado de exasperación difícil de describir, porque la adoro, ó por mejor decir, es el Dios que venero en la mas pura, en la mas dulce, en la mas sublime de sus creaciones... ¡Y vos habeis osado elevar vuestras miras de concupiscencia hasta ese espíritu de luz, para ajarle con vuestros homenajes, para revolverle en el fango de vuestras pasiones!...

— Me he atrevido, dijo el conde, que ya no veía en las palabras del buen Lugano más que la exageración cómica de una indignación simulada; sí, mio caro; ¡me he atrevido! Tú sabes que no soy hombre que acostumbra á retroceder. La marquesa me honra con una atención particular; esto prueba su buen gusto; todo Florencia lo aprobará. Me ha dado permiso para venir mañana...

— ¡Mañana! ¡Por vida mia! no hay un momento que perder.

Lugano abrió una de las puertecillas de la silla y se precipitó á la calle. El cantor cayó, y faltó poco para ser magullado bajo la rueda del pesado coche; pero se levantó con ligereza y se le oyó correr á toda prisa en la dirección contraria á la que seguía el carruaje del conde.

— Ha perdido la cabeza, dijo Ludovico á uno de los criados que acompañaban su coche; cerrad esta portezuela y decid al cochero que avive los caballos un poco. Si quiere volver necesitará buenas piernas.

Pero Lugano no pensaba en alcanzar al que miraba aun como su amigo, como su patrono, y al que profesaba un cariño casi sin límites. Los sentimientos de un amor impetuoso se habían en efecto elevado en su corazón como las tempestades que surgen de improviso y que empiezan irresistibles antes que uno haya podido pensar en combatir su furor. Mas en un corazón como el del buen Lugano el amor era una virtud. El excelente hombre, habituado desde largo tiempo á una completa abnegación de sí mismo, se olvidaba de sí para no pensar más que en el objeto amado, y el peligro que corría la marquesa despertaba su solicitud exclusiva por liberar su ternura de un hombre como Ludovico.

Llegó al palacio de Villareal en el momento en que los criados se preparaban á cerrar las puertas: reconocieron ser un convidado de la noche, y le dejaron subir á los salones, en donde las bugías brillaban todavía. La marquesa, que estaba tomando el fresco con su parienta en el balcón, estremeciéndose al conocer á Lugano, que atravesaba rápidamente la sala dando indicios de una extrema agitación.

— Perdon, señora, dijo él inclinándose menos que lo hubiera hecho en otra ocasión. Es necesario por vuestro interés que tenga un instante de conversación particular con vos.

La joven, alarmada, hizo una señal á su parienta de que se quedase en el balcón, y ella se dirigió á la galería seguida de Lugano, cuyos ojos resplandecientes y pecho agitado anunciaban una profunda conmoción.

— Hablad, le dijo echando sobre él una mirada magnética; nadie puede escucharnos. El conde Zamparella...

— De él es de quien vengo á hablaros, señora, ¿conocéis bien al conde?

— Le he visto hoy por la segunda vez; pero yo le conozco hace algunos meses de oídas.

— Alabado sea Dios entonces, señora, porque su nombre os pone en guardia contra sus tentativas.

— Vos sois amigo del conde: él os habrá hecho alguna confianza, dijo la marquesa con una sonrisa llena de una quietud infinita, de un indecible candor. ¡Ludovico os ha dicho que me ama!

— No, señora, respondió Lugano, que estuvo á punto de perder su continente en aquella cuestión formulada con tal sencillez. No, en verdad, señora, continuó repitiéndose un poco; Ludovico no me ha dicho semejante cosa.

— Entonces, repitió la joven con la misma angelical sonrisa, ¿os habrá dicho que yo le amo?

— ¡Ay! exclamó el pobre Lugano retrocediendo dos pasos, ¿será verdad?

— Yo he salido del convento para decírselo... cuando no había recibido aun su declaración. Pero sus miradas me han dejado poco que aprender: el conde me ama, y nuestro amor es ya bendecido por los cielos.

— ¡Os atreveréis á pensar casaros con tal hombre!

— Sí, mi buen Lugano, yo espero convertirle á una santa y duradera ternura.

— Y si vos lo lograis, ¡gran Dios!...

La encantadora mujer elevó hacia el cielo los ojos que respiraban el más ardiente y puro cariño. Lugano creyó leer en ellos la confianza de una mujer que ama y que está segura de agradar.

— Yo podré lograrlo, quereis decir, repitió el músico consternado.

— Yo no he dicho eso, amigo mio, mas el cielo lee en mi corazón, conoce mis proyectos y me dará fuerza para cumplirlos.

La marquesa inclinó su bella cabeza en señal de despedida, y Lugano, con el espíritu trastornado, se retiró reflexionando en las inexplicables temeridades de Angela y en el abismo que ella abría voluntariamente bajo sus pies.

Al día siguiente el conde de Zamparella, siguiendo el uso establecido entonces en toda Italia, tomó públicamente el título y privilegios de caballero *servidor* de la marquesa de Villareal, mientras que el pobre Lugano, cuyas buenas intenciones y cariño honroso no habían servido más que para precipitar aquella colocación, ocupaba el triste papel de caballero *patito* que se ejercía aun más oficialmente que el primero.

Ludovico, que en esta pequeña lucha de los dos amigos había quedado dueño del campo de batalla, y no concibiendo ningún recelo de la ternura del cantor, se sentía más dispuesto á reír que á enojarse de su tentativa desgraciada. Mas á Lugano, á pesar de la abnegación de que había dado pruebas hasta entonces, le causaba suma tristeza el suceso. Se había convencido desde entonces que el amor de la demasiado sencilla Angela

debía pagar tarde ó temprano aquel abandono, y la desgracia que amenazaba á su ingrata amiga era un agravio que le separaba del conde, si bien aquellos le eran personales á este.

Lugano había dejado la vivienda de Zamparella, y sacudió hasta el polvo que sus pies pudieran tener de aquel palacio, en adelante detestado para él. Volvió á emprender la carrera de las artes, en la que sus talentos le aseguraban legítimos triunfos. Al cabo de algunos días, los *dilettanti* de Florencia aplaudían su brillante salida en calidad de primer tenor del teatro, cuando el empresario de él murió repentinamente. Lugano, que era honrado con la protección del gran duque, tomó el cargo de esta empresa, y reunió bien pronto con doble aplauso las funciones de director y cantor.

Estas importantes modificaciones, agrupadas repentinamente en la existencia del artista, le habían necesariamente distraído de su desgraciado amor, y aunque el palacio de la marquesa le estuvo siempre abierto, y ella le recibió con una bondad que no desmereció su nueva condición, el cantor se había abstenido hacia algunas semanas de asistir á las fiestas de la bella española y de ejercer sus funciones de caballero *patito*. La mutua inclinación de la marquesa y Ludovico eran el objeto de todas las conversaciones; pero como el candor de Angela y la pureza de su conducta la ponían al abrigo de toda sospecha, y mas suponiéndose entonces que su fortuna no era inferior á la de Zamparella, se miraba su matrimonio con el conde como verosímil. Ludovico se consolaba de los rigores que le oponía la sabiduría de su amante, admitiendo de ella, por la primera vez, la idea de un serio establecimiento.

A la primera palabra que Ludovico creyó poder aventurar sobre sus honrosas intenciones, la marquesa sonrió con melancolía echándole una de aquellas miradas que indemnizaban todos los sacrificios.

— Gracias, le dijo, yo sabía que vuestro deseo era ese; vuestra proposición corresponde á todas las esperanzas que había cifrado en vuestro amor. Pero recordad nuestros tratos: yo no quiero de este amor más que la dicha de que he sido deudora hasta el presente; yo no puedo leer en vuestro destino un porvenir que me pertenezca. Lo que se sabe de la inestabilidad de mis intenciones ha causado ya la indignación de unos, la aprobación de otros y la sorpresa de todos; lo que les resta ver sobrepujara á todo lo que sea posible pensar de la bizarria de mis proyectos, y si la pobre sor Angela del convento de Maviello se ha convertido repentinamente en la rica y poderosa marquesa de Villareal, la nueva transformación que se prepara para ella no será menos admirable.

— El gran duque de Toscana, dijo para sí Ludovico retirándose pensativo, no ha aceptado aun oficialmente la alianza con la ilustre casa de Austria. Ayer he sorprendido las miradas inflamadas que lanzaba á la marquesa, se ha observado que mi favor cerca de S. A. bajaba en la misma proporción que el suyo se elevaba hacia el de Angela. Otra prueba mas, y conoceré bien pronto la pomposa mutación que medita la marquesa.

Ludovico se fué á casa del príncipe, en donde tenía grande entrada como uno de los primeros señores de Florencia. La acogida del gran duque, así que vió al conde, fué equívoca y llena de ironía. Algunos de los cortesanos felicitaron á Ludovico por su próxima unión con la marquesa, y el príncipe unió á los cumplimientos que le prodigaban un sentimiento que equivalía á un destierro, declarando con él que estaba convencido de que la corte perdería á la vez los dos personajes que constituían su adorno, porque el conde Zamparella no podía menos de ir á vivir á los dominios que poseía su esposa en España.

Pero en el momento en que el conde hubo hecho conocer la negativa de Angela, las palabras de la transformación anunciada por la marquesa se conservaron en el oído del príncipe, y los modales del gran duque tomaron un grado de amenidad que formaba un contraste singular con el tono acerbo de sus primeras palabras.

Ludovico era un cortesano muy experimentado para dejar pasar desapercibido un cambio que le interesaba bajo tantos aspectos; pero se estremeció de furor pensando en la perfidia de la marquesa, que meditando una alianza con la corona de Toscana, favorecía el amor de un caballero como él, y mil pensamientos de venganza se agruparon en su imaginación trastornada.

Mientras que el príncipe se alimentaba en secreto con la esperanza que la desdicha de su favorito le hacía concebir, y Ludovico buscaba los medios de arrepentirse del cariño de su traidora amante con indignos enredos de que osaba creerla culpable, la marquesa tuvo una entrevista particular con Lugano, el que fué mandado llamar á su palacio por ella misma.

El director, á pesar de la protección eficaz del gran duque, estaba bastante mal en sus negocios: su prima donna, que había hecho la fortuna del teatro, sufría un catarro tenaz, para el que eran inútiles todas las recetas. La empresa se arruinaba, y su curso de desastres empezaba; el pobre Lugano hacia algunos días que se hallaba en la mayor perplejidad, y esto había adormecido singularmente su amor hacia la marquesa. Sin embargo, su presencia animó por un instante el fuego de su pasión; y aun cuando creyó podría hablar el lenguaje que le permitía su empleo de caballero *patito*, las pesadumbres financieras del empresario prevalecieron sobre sus penas amorosas, y sus inquietudes teatrales tomaron poco á poco el hilo de la conversación.

— ¿Qué concepto formaríais de una prima donna como yo? le dijo repentinamente la marquesa.

— Semejante cantatriz, respondió Lugano, en el ca-

so de que existiera una y tuviera la dicha de contratarla, levantaría á la empresa y me haría muy pronto rico, aun cuando la tuviese que dar la mitad de la ganancia.

— Pero en dónde hallar esa segunda maravilla?

— La primera, con tal de merecer este título, repitió la marquesa con su sencillez habitual, está á nuestra disposición.

— ¿Cómo prima donna?

— Como prima donna.

— Uno de los dos sueña, exclamó el empresario dejando caer sus brazos de sorpresa.

(Se concluirá.)

## Exposicion de Lóndres.

### LAS VIDRIERAS PINTADAS.

La arqueología al estudiar y al restaurar en todos sus detalles los monumentos que nos ha legado la edad media, ha producido la creación de muchos talleres de escultura y de pintura sobre cristal, que son como una reminiscencia del antiguo arte. En Francia no hay ciudad importante que no posea en el día su taller de pintura sobre cristal, y á la sombra de las iglesias que se restauran nace todo un enjambre de ornamentistas y de escultores de imágenes. Por eso en todas las exposiciones industriales de las provincias la pintura sobre cristal ocupa un puesto importante. En Lóndres no podía suceder así; pero sin embargo, tuvieron empeño en figurar al lado de los principales talleres parisienses, los de tres ciudades del Este, Reims, Metz y Nancy.

La fábrica de M. Marechal, de Metz, es muy conocida, y basta que una vidriera lleve su nombre, para que se considere como una obra de mérito. Seguramente, M. Marechal, de Metz, es un artista eminente que ha sabido transformar el pastel haciéndole manifestar todas las energías y todas las rudezas, en tanto que los artistas del siglo XVIII, Quintin Latour y la Rosalba no le pedían más que elegancia y ligereza.

Al lado de las obras de M. Marechal figuran en la Exposición de Lóndres las vidrieras de aposentos presentadas por M. Høner, de Nancy.

En las vidrieras destinadas á ser vistas de lejos como las iglesias, cada color está producido por un vidrio de color diferente, teñido en la pasta y comprado en fábrica. El pintor de vidrieras corta estos vidrios según los contornos del dibujo que quiere reproducir, y con un esmalte de sombra, modela cada parte mediante el pincel, luego fija este esmalte por la cocción, y reúne todas esas partes con plomos que rodean los contornos y acenúan el dibujo. De este modo una vidriera es una *grisaille* sobre fondos diferentemente coloreados. En este método hay algunas excepciones, sobre todo cuando se trata de introducir galones y bordados en los vestidos.

Entonces se aplica sobre el vidrio lo que llaman « colores de aderezo, » es decir, esmaltes coloreados, modificación que tiene lugar principalmente para los amarillos de tono de oro. En este caso se comienza por quitar con el ácido fluorídrico la capa superficial que colorea el vidrio, donde se quiere poner, verbigracia un ropaje encarnado, pues quedaría oscuro si se colorease en la pasta como los demás, y luego se aplica el amarillo en los claros, se pone á cocer y se obtienen esas telas magníficas de que nos ha dejado tantas muestras la edad media.

Este sistema del color de aderezo se aplicó con mucho talento en el siglo XVI por los alemanes, y M. Høner al tener que pintar vidrieras para un salón moderno, ha hecho muy bien de recurrir á ese método. Nada más lindo que esos dos cuadros transparentes para salón ó comedor, que representan el uno flores y el otro frutas, colocados sobre la balaustrada de un balcón, en el que cuelga un rico tapiz oriental y destacándose sobre fondos de paisaje donde vuelan pajarillos. Los cuadros sobre cristal vistos por transparencia no deben hallarse sometidos á las mismas condiciones que los cuadros opacos vistos por reflejo. La luz al atravesar por los cristales suaviza los contornos, confunde los tonos, empaña los colores, y de aquí la necesidad de dar al modelado una firmeza y al color un desparrame que no podrían usarse en la pintura ordinaria. Estas obras deben ser tratadas sobre todo bajo el punto de vista decorativo, tomando de la forma la silueta general, y del color el tono dominante.

Los talleres de París, que mandan casi todos una parte de sus productos á Inglaterra, no han dejado de acudir presurosos á la Exposición: MM. Didron, Oudinot, Lusson, Coffetier, Laurent y Gsell, han enviado muestras de sus obras más escogidas. En medio de todos esos productos parecemos que existe un vacío. Entre las vidrieras del siglo XIII en que descuella la Francia, y las de los siglos XV y XVI en que no tiene rival, falta el siglo XIV, y esto consiste en que los monumentos de esa época son escasos en Francia. Los que edifica cierta escuela recuerdan más bien la arquitectura del siglo anterior, mas varonil en sus formas y mas sobria en detalles. Abandonado á sus instintos el clero, prefiere en general el siglo XV, mas trabajado y mas « gótico » á su juicio que el estilo ojival primitivo; y luego como las vidrieras de los siglos XIII, XV y XVI son mas numerosas, son tambien las que se tiene ocasión de restaurar con mas frecuencia.

No sucede lo mismo en Inglaterra. Que se hayan ó no edificado mas iglesias que en otros siglos en el XIV, lo

cierto es que al estilo de esa época se acercan mas la antigua arquitectura y la nueva escuela gótica de los ingleses. Por eso debemos reconocer en los pintores-vidrieros de ese país cierta superioridad sobre los franceses cuando se trata de los vidrios de ese periodo, así como también en los vidrios adornados con blasones. M. John Hardmann figura á la cabeza de esta fabricacion, y merece ser citada en primer lugar su vidriera para la iglesia de Todos los Santos, en Oxford. El dibujo es un poco seco; las cabezas muy desarrolladas hácia la frente y delgadas por abajo presentan una gracia afeminada; la armonía general es blanca, ó gris azul, sobre fondos diferentemente coloreados.

Otro tanto diremos de las vidrieras de MM. Heatonc, Butler y Bayne que representan la *Adoracion de los Reyes*.

Algunos fabricantes han querido imitar las obras del siglo XIII, aunque sin alcanzar el efecto armonioso que se nota en los productos franceses. Conviene citar sin embargo á M. Ch. Gibbs Senior, y á MM. Clayton y Bell, por su vidriera de la *Creacion*, que entra un poco en los hábitos de pálida armonía del siglo siguiente.

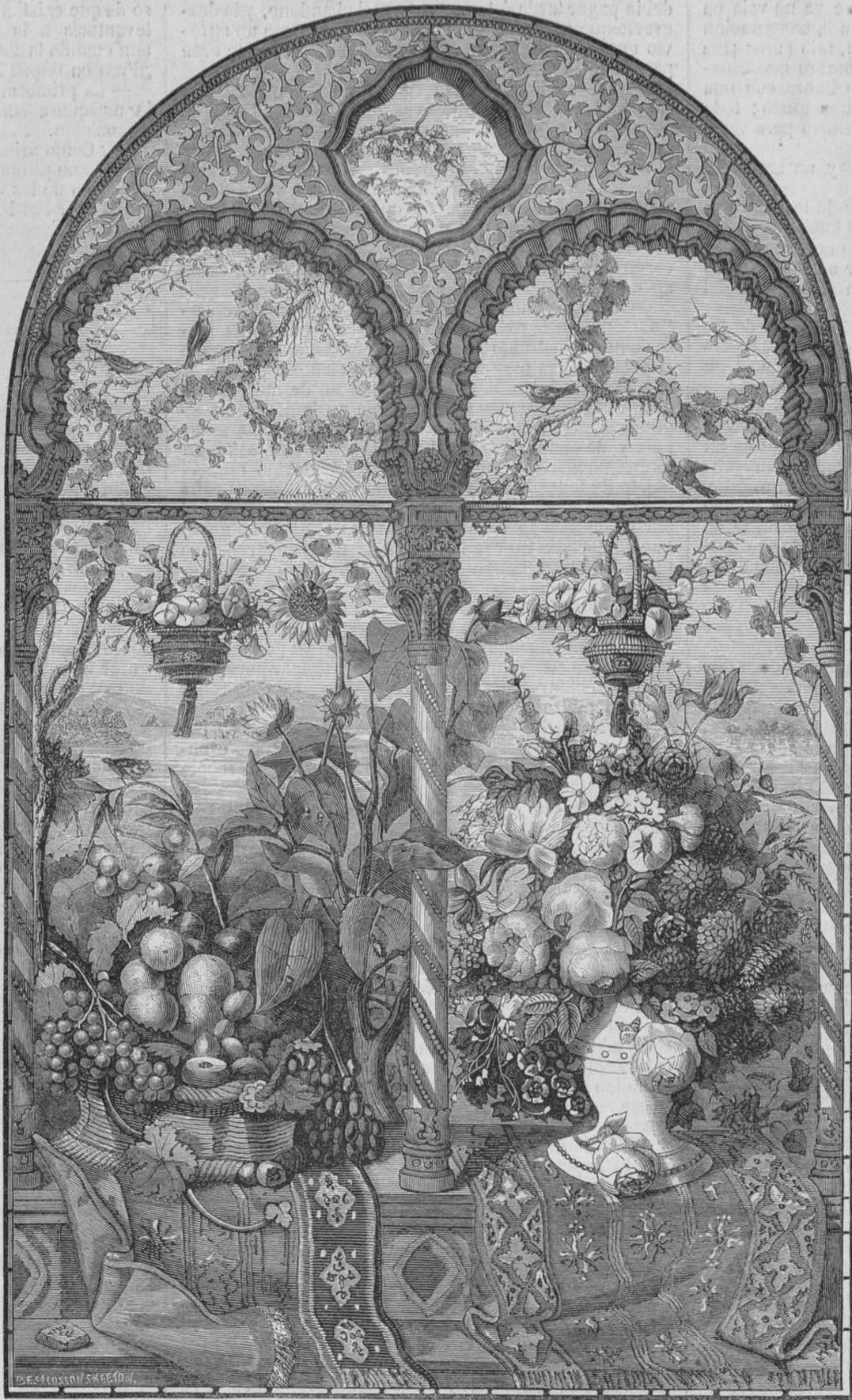
En Alemania la escuela del modelado ha sido inaugurada con tanto talento como falso estudio de las condiciones de esta pintura en la fabrica real de Munich. Por eso los artistas de ese país permanecen fieles al error cometido, y lo que sale de sus talleres no es propio para formar un conjunto decorativo. Es pintura sobre cristal propiamente dicha, y no pintura en cristal, como sería mas conveniente llamar al arte industrial, al que la edad media y el renacimiento debieron tan magníficas y grandiosas decoraciones.

A. D.

#### Un volcan cerca de Roma.

Hé aquí un dibujo que representa el nuevo volcan de que tanto se habla hoy en Italia y que acaba de abrir su cráter a seis millas de Roma.

Hemos pronunciado la palabra volcan, y debemos apresurarnos á advertir que se trata simplemente de la combustión de capas leñosas á lo largo del ferro-carril de Civita-Vecchia á Roma. La emoción que esta noticia ha causado en la ciudad eterna es indescribible.



EXPOSICION UNIVERSAL DE LONDRES. — Vidriera pintada por M. Hoener, de Nancy.

Sin embargo, no es un pequeño volcan como se dijo y se creyó en un principio; la vía pasa en hondo á algunos metros del Tiber, y la zanja presenta de nueve á diez metros de profundidad. Las cuevas dejan ver mas abajo de la capa de tierra vegetal, una capa de greda de dos metros de espesor, bajo la cual hay otra capa de lignita negra bastante parecida á la turba de los pantanos, aunque es mas fina y compacta. Esta capa es la que se halla en ignición por los dos lados de la vía. En su derredor el terreno está surcado de grietas, la greda se funde por efecto del calor, y por las aberturas salen vapor y humo con un fuerte olor de turba quemada y de azufre. Las cenizas de las partes consumidas son muy ligeras, y sin embargo se quedan en pedazos bastante consistentes. El calor es tal en ciertos puntos, que la greda se cuece y forma como un ladrillo muy compacto y muy duro. Una comision científica ha pasado á ese sitio, y su informe se ha publicado en los diarios. Ahora se habla de hacer nuevas zanjas para explorar el terreno y ver hasta dónde se extiende la combustión subterránea. En nada perjudica este accidente al servicio del ferro-carril, pues el nivel de la vía es muy inferior al de la capa en ignición.

A. A.

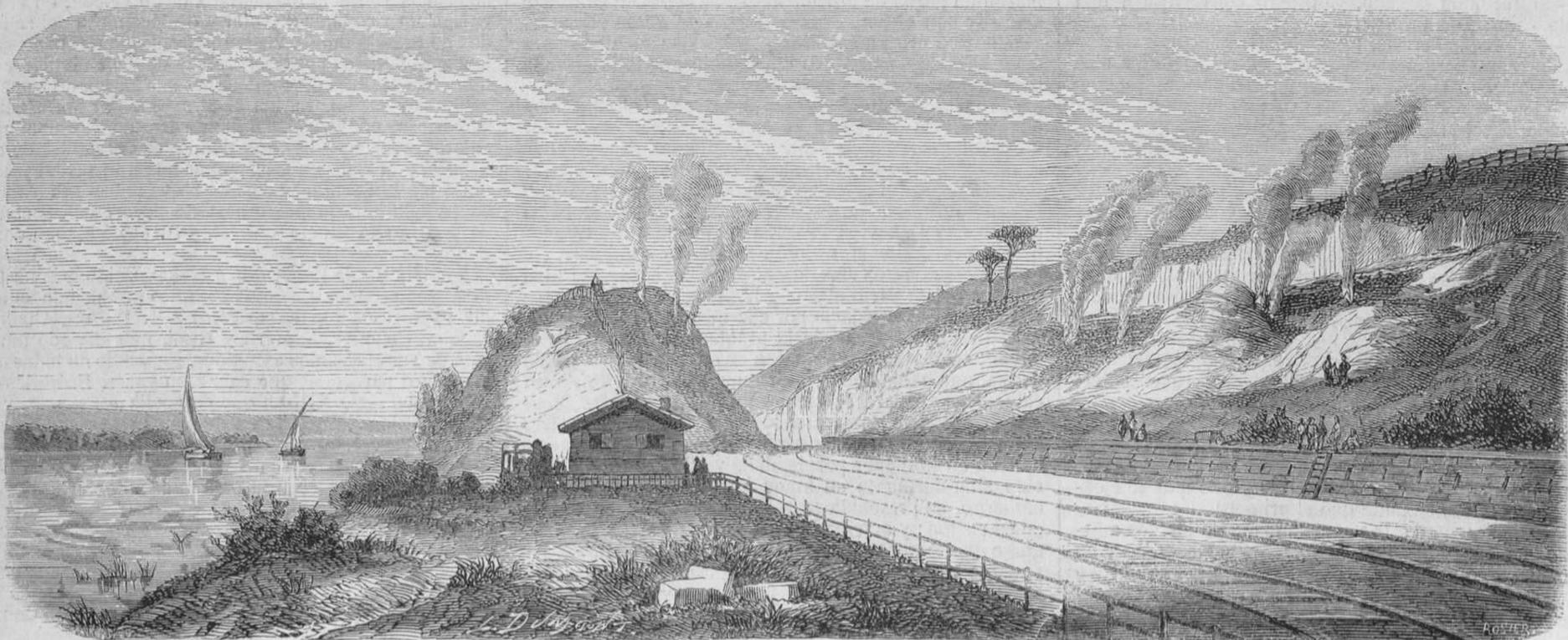
#### Exposicion de los envios

Y DE LOS GRANDES PREMIOS DE ROMA EN LA ESCUELA DE BELLAS ARTES DE PARIS.

La Academia de bellas artes de Paris ha juzgado que ninguno de los cuadros del último concurso era digno de enviar á su autor á estudiar á la villa Médicis, y el público ha ratificado su decision. En la arquitectura se ha llevado el premio una de las extravagantes composiciones que han sido presentadas, y únicamente en la escultura ha sido notable este concurso.

El asunto del concurso de pintura era *Coriolano en presencia de su madre y de las mujeres romanas*.

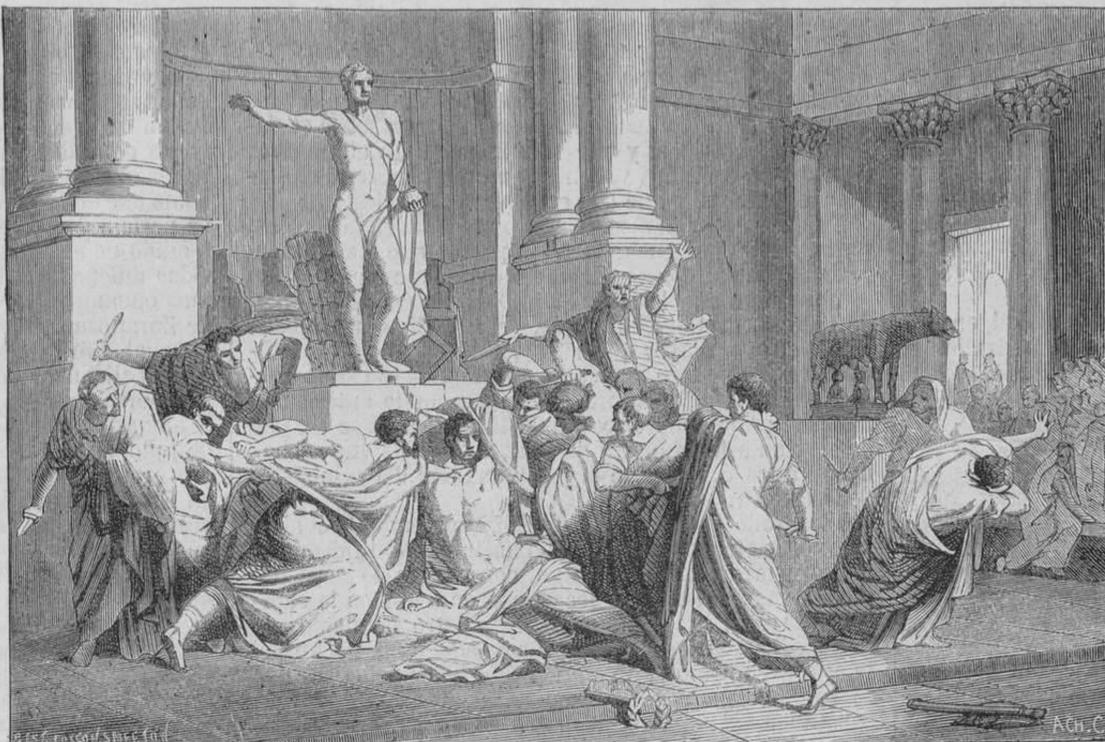
¡Qué insuficiencia de dibujo! ¡qué tristeza de colorido y qué inexperiencia tan marcada en la ejecución! La Academia ha pensado que para ir á Roma es preciso saber manejar el pincel, y no ha concedido mas que un primer segundo premio.



Combustion espontánea de capas de lignita en el ferro-carril de Civita Vecchia.

El asunto del concurso de escultura era una estatua representando el *Pastor Aristeo llorando sus abejas*. Comprendiendo que el dolor del personaje debía ser un dolor de repente que no trastornase nada la armoniosa flexibilidad de las líneas de su cuerpo. M. Ernesto Hiolle, discípulo de M. Jouffroy, plantó de pie a Aristeo apoyando el codo en la devastada colmena, y la mano en la frente, mirando con tristeza las abejas caídas a sus pies. El cuerpo es elegante y juvenil, y está modelado con habilidad; sin embargo, no resulta un carácter bien dominante en esta estatua que ha obtenido el gran premio.

En cuanto al concurso de arquitectura, nos limitaremos a señalar aquí el nombre de M. Chabrol, discípulo de M. Lebas, que es quien se ha llevado el gran premio, no sin protestas por parte de los alumnos, que encontraron injusta esta decisión de la Academia. Si la escultura ha figurado



Envío de Roma, 5º año, *la Muerte de César*, cuadro de M. Clement.

de un modo mas brillante que la pintura en los concursos de 1862, lo mismo puede decirse de los envíos de Roma. El *Tocador de flauta*, figura de mármol de M. Maniglier, discípulo de quinto año, es de una elegancia un tanto afectada.

Un *Coribanto*, inspirado de uno de los frisos de tierra cocida del museo Campana, ha dado motivo a M. Cugnot para un buen estudio en yeso, de un modelado sólido, y que reúne en una justa medida el estilo y la naturaleza. El *Coribanto* levantado sobre las puntas de los pies pega con la espada en su escudo, y vuelve la cabeza para mirar al niño Júpiter que grita sentado a sus pies. Desgraciadamente la cabeza es invisible de casi todos los puntos en esa postura que carece de sencillez, y por el lado donde puede verse la pierna izquierda, es del peor efecto.

En la sección de pintura se nota desde luego una obra de M. Clement, la *Muerte de César*, cuadro que necesita mucho todavía para estar concluido.



Envío de Roma, 3er año, *Pescador dormido*, cuadro de M. Henner.



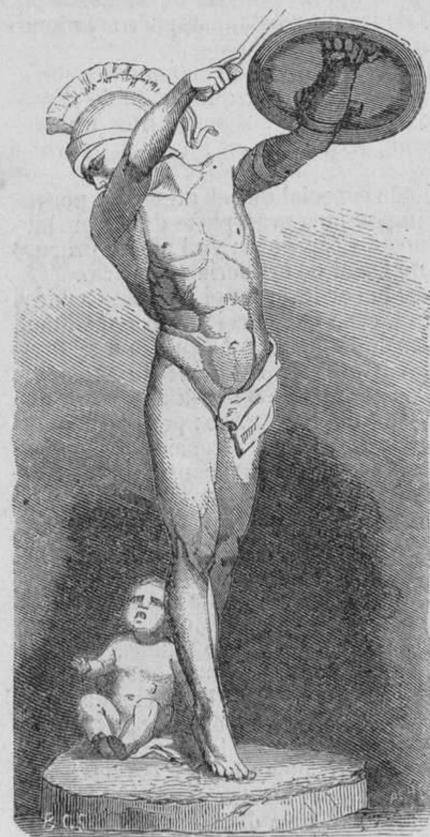
Envío de Roma; paisaje histórico, 4º año, *Horacio niño*, cuadro de M. Didier.

Ciertas partes apenas están bosquejadas, y si M. Clement no enriquece su paleta, producirá una obra bien triste de colorido. No hay duda que el asunto es lúgubre; pero no es esta una razón para llenar el lienzo de tonos de color de tierra. En cambio la composición es enérgica y se explica fácilmente; las cabezas, sobre todo



Envío de Roma, 1er año, *Faustolo descubriendo a Rómulo y a Remo*, cuadro de M. Michel.

que le hiera. ¿Acaso los senadores iban a la curia en peinador de baño? Esta pregunta no tendría sentido si M. Clement hubiese querido olvidar la verdad material; pero como al contrario, ha tratado de ser verosímil representándonos una restitución de la sala del Senado con la loba de bronce, con los asientos de pórfido y la



*Un Coribanto*, envío de Roma, 4º año, grupo de M. Cugnot.

la de César, son muy expresivas. César caído busca instintivamente una defensa detrás de su brazo, que envuelve una punta de su vestidura; pero sus ojos han distinguido a Bruto, que se precipita a él con todo el empuje del «gladiador,» y se resigna a recibir la muerte de semejante mano.

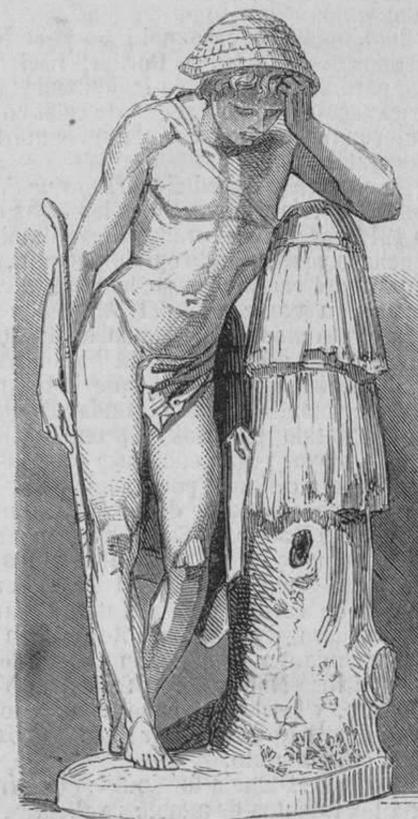
Una observación en cuanto al traje. M. Clement ha querido mostrar que sabe modelar un torso, y ha pintado a César desnudo bajo su capa. Lo mismo ha hecho con el senador



*El tocador de flauta*, envío de Roma, 5º año, figura en mármol de M. Maniglier.

arquitectura romana, habría debido ser verídico en todo. Además, ¿era tan difícil desgarrar un poco la túnica de César y la de su asesino para justificar el espectáculo de esos cuerpos desnudos?

M. Sellier se ha contentado con hacer una copia de las *Sibilas* de Rafael para trabajo de cuarto año. En cuanto a M. Henner, alumno de tercer año, ha pintado con mucho talento un *Joven pescador dormido*. Es un simple estudio, pero está modelado con bastante seguri-



*Aristeo llorando sus abejas*, 1er gran premio de Roma (escultura) concedido a M. E. Hiolle.

dad y finura, y presenta un colorido muy agradable.

M. Michel, alumno de primer año, ha rendido homenaje á los fundadores de Roma representando al pastor que levanta las ramas de la higuera donde se ha guarecido la loba para dar de mamar á Rómulo y á Remo.

M. Didier (4.º año) ha salido en fin del paisaje histórico pasivo y solemne para pintar con buen estilo, aunque sin fuerza, la ladera de un bosque en un terreno pedregoso. Unos pastores encuentran á Horacio, niño, dormido al pié de un árbol. En esta pintura abundan los tonos de color de perla, que aunque agradables á la vista, quitan su aspecto sólido á las cosas.

Todas estas obras, expuestas en la actualidad en las nuevas salas del palacio de Bellas Artes, están llamando estos días la atención del público. A. D.

## Biografía española.

### I.

#### SAN MIGUEL.

No es una biografía lo que vamos á escribir, sino un ligero bosquejo de los hechos mas notables del eminente patricio que tan elevado puesto ha sabido conquistarse como político, como militar, como hombre de letras, como liberal y como caballero.

Nació don Evaristo San Miguel el 26 de octubre de 1785 en Gijón, provincia de Oviedo. Fueron sus padres don José y doña Rita Valledor y Navia, quienes procuraron dar á su hijo una educación esmerada, y cual correspondía á su posición desahogada. Estudió pues con el aprovechamiento propio de su clara inteligencia, tres años de matemáticas y cuatro de facultad mayor, y siguiendo los impulsos de su vocación, entró á los veinte años de edad á servir de cadete en el primer batallón de voluntarios de Aragón, ascendiendo á subteniente en 10 de julio de 1807, pasando al regimiento de voluntarios del Estado.

Cuando en junio del año siguiente se alzó el grito de independencia en Asturias contra los franceses, San Miguel se fugó de Madrid acudiendo al llamamiento de su provincia, tomando parte como voluntario en la acción de Cabezon, con el empleo ya de capitán, en San Vicente de la Barquera, en Pajares y en las alturas de Peña de Castillo, donde fué hecho prisionero y desde allí conducido á Francia, donde permaneció hasta que verificada la paz general, 1814, le fué permitido regresar á su patria, no sin haber intentado penetrar en 1813, si bien fué detenido por los gendarmes franceses y conducido al fuerte de San Francisco de Aire y después á la ciudadela de Montpellier. De regreso en España y sirviendo en el segundo regimiento de Asturias en 1815, formó parte del ejército de la izquierda y concurrió con los aliados á la expulsión de los franceses, penetrando en Francia por San Juan de Luz, y permaneció en territorio extranjero cinco días. Habiendo obtenido el grado de teniente coronel en el mismo año, formó con su regimiento parte del ejército expedicionario de Ultramar, y ascendió en 10 de febrero de 1819 á segundo comandante; y habiendo tomado una parte muy activa en las conspiraciones de aquellos días, fué preso en el Palmar del Puerto de Santa María y enviado al castillo de San Sebastian de Cádiz, de donde se escapó con su hermano don Santos para unirse á sus amigos, que con Riego á la cabeza habían dado el grito en Cabezas de San Juan.

Sabido es que en aquel intento se hallaron comprometidos Espoz y Mina, Porlier, Laci, Vidal y Richard, que perdieron la vida en la demanda; pero si tanta desgracia seguía como término de estas empresas, las ideas tomaron mayor progreso, y nuevos mártires se disponían y aprestaban.

En el ejército expedicionario á que San Miguel correspondía, corrían muy válidas las ideas constitucionales: en 1819 parecía asegurado el levantamiento en masa de aquellas tropas, siendo opinión común, ó como el mismo San Miguel escribe en su historia, *hecho cierto*, que el general en jefe, conde del Abisbal, estaba en el plan, y en cierto modo al frente de los trabajos revolucionarios: iguales esperanzas concibieron los conjurados respecto al general Sarsfield, que había por entonces tomado el mando de la segunda división, y que había comprometido palabras y promesas favorables; pero cuando mayor era la confianza sobrevino la mañana del 8 de junio á disiparla por completo; pues presentándose el del Abisbal delante de una división acampada en el Palmar del Puerto de Santa María, mandó arrestados á distintos puntos á los jefes de todos los batallones y escuadrones; siendo estos el brigadier don Demetrio O-Daly, los coroneles don Antonio Quiroga, don Felipe Arco Agüero, don Antonio Roten, don Joaquín Ponte; los comandantes don Ramon Labra, don Salvador Berrio, don José Malpica, don Sebastian Velasco, don José Cendrera, y los dos hermanos don Santos y don Evaristo San Miguel: es de advertir que algunos de estos no estaban en el secreto.

Pero la resistencia fué inútil; el espíritu público protegía los intentos de aquellos valientes, y los conspiradores llevaron por fin sus proyectos á feliz cima.

Don Evaristo fué nombrado segundo jefe de estado mayor del ejército de la isla de León, y secretario de la junta revolucionaria que allí formaron las principales cabezas del levantamiento, y en cuyas deliberaciones y

actos tomó una parte muy activa. En aquellos momentos fué cuando compuso la célebre y popular letra del himno de Riego, cuya música no se sabe á quién fué debida; himno que entonces y después en muchas ocasiones ha ejercido una influencia eléctrica sobre el corazón de las masas, y que en la lucha sirvió alguna vez para enardecer á los valientes que tan temerario empeño acometieron y que tan caro pudo costarles.

No es nuestro objeto detenernos en detalles históricos, y gracias si podemos narrar aquellos que mas directa relación tienen con el personaje que nos ocupa.

Triunfante aquel movimiento, obtuvo en 20 de junio de 1820 la revalidación del despacho de ayudante general de estado mayor que en la isla de León se le confirió en 8 de enero, así como oportunamente se le consolidara el empleo de coronel efectivo con la antigüedad de 9 del propio enero; y fué destinado en clase de jefe de sección á la comisión de jefes y oficiales que se hallaban á las órdenes de la junta auxiliar del ministerio de la Guerra.

Nombrado en 1.º de julio de 1822 comandante del batallón de patriotas, permaneció hasta el 7 del mismo en la plazuela de Santo Domingo, con motivo de las ocurrencias que en aquella época tuvieron lugar en la capital del reino, promovidas por los cuatro batallones de la guardia real, que se fugaron de aquella la noche del 1.º al 2.º del mismo: San Miguel fué de los primeros que se presentaron á ofrecer su espada al ayuntamiento constitucional de Madrid, dando en su puesto testimonio de bravura, por haber rechazado á los insurrectos.

Derribado aquel ministerio, San Miguel, probado como liberal decidido, ya por sus hechos desde el levantamiento de las Cabezas, ya por sus escritos en el periódico *el Espectador*, que fundó, fué entonces llamado á formar parte del poder, y se le confirió la cartera de Estado; siendo sus compañeros: por Guerra, don Miguel Lopez Baños; por Gobernación de la península, don Francisco Gasco, que había sido diputado á Cortes en las de 1820 y 1821; por Ultramar, don José Manuel Vadillo, ex-diputado de las mismas Cortes, y en las de 1813, así como ex-jefe político de la provincia de Jaén; por Gracia y Justicia, don Felipe Navarro, también diputado en las Cortes que lo fuera Gasco; por Hacienda, en clase de interino, don Mariano Egea, director de Rentas, y don Dionisio Capaz, capitán de fragata y diputado en 1813, por Marina. A este ministerio hubo de caberle la poca fortuna de atravesar circunstancias en extremo difíciles.

«Salidos, dice el propio San Miguel refiriéndose á los individuos de que constaba, de una crisis que puso en tan inminente peligro nuestras libertades, blanco de fuerte y inevitable enemistad para muchísimos hombres de principios opuestos; precisados á romper con los personajes mas poderosos de aquel tiempo; arrastrados por la fuerza de las circunstancias á provocar una lucha á sus ojos terrible, pero del todo inevitable; echados de sus destinos; repuestos momentáneamente; obligados á dar el principal impulso que encontró con tan violenta posición en hombres de todas condiciones, y por fin el término de circunstancias tan extraordinarias, la de haberse verificado durante su permanencia en los negocios la entrada del ejército francés, que vino á arrancarnos nuestras libertades, no es extraño que con la complicación de sucesos que influyeron en la suerte de los españoles todos, se haya juzgado con los ojos de la prevención y equivocándose las causas de tanta desventura.»

La historia está ahí que demuestra el importante papel que San Miguel representó en tales circunstancias y la energía y capacidad de que dió pruebas, no obstante las terribles contrariedades con que aquel gabinete tuvo que luchar dentro y fuera de España. Es indudable que la situación del gobierno en que el coronel don Evaristo San Miguel hizo su aprendizaje de ministro, era suficiente para poner á prueba las cualidades de un hombre de Estado mas adiestrado en asuntos diplomáticos. Las notas con que el ministro de Estado contestó á las comunicaciones de la Santa Alianza cuando fueron leídas en las Cortes, fueron acogidas con entusiasmas aplausos; y los liberales de Madrid festejaron á los ministros con vitores y serenatas. No faltaron sin embargo ágras censuras, de que nunca se libran los gobernantes, é inculpaciones de falta de tacto diplomático y aun de excesiva rigidez.

La crítica posición de aquel gabinete se hizo mas insostenible con la desgraciada acción de Brihuega, pérdida que vino á poner en evidencia el quizá imprudente alarde de valor lanzado por aquellas Cortes al rostro de Europa. Verificada la nueva invasión francesa, y en lucha el gabinete con el rey, se cerraron las Cortes extraordinarias y fueron exonerados los ministros, si bien repuestos en el mismo día á consecuencia de un motin popular. Y hé aquí un caso en que el general San Miguel, como sus compañeros, se vió obligado á dar una prueba de abnegación poco común, viéndose en el caso de concurrir al llamamiento de la corona por no poner nuevas dificultades á la situación, y aunque con peligro de que se les creyese cómplices en el motin que de nuevo les llamaba á los altos cargos del poder; pero manifestaron al monarca que de hecho habían concluido en el ejercicio de sus cargos el 19 de febrero, y al presentar su dimisión le manifestaron que era imposible hiciesen ya servicio alguno. Su Majestad no pudo desconocer la fuerza de sus razones, y los exoneró en términos satisfactorios, pero aplazando su salida para cuando en las Cortes extraordinarias, que á pocos días iban á abrirse, hubiesen leído las memorias de sus ramos respectivos.

Abiertas las Cortes quedaron estas satisfechas de las

explicaciones dadas por el ministro de Estado, pero el gabinete tuvo que cesar en sus funciones.

El coronel ex-ministro pidió al día siguiente de caer su reincorporación al ejército de operaciones de Cataluña á las órdenes de Mina, y partió inmediatamente por la vía de Cádiz y Gibraltar, en razón á serle imposible hacer el viaje por tierra. Tomó parte en las operaciones como jefe de estado mayor, distinguiéndose siempre por su pericia y su arrojo, hasta que en 8 de octubre quedó tendido en el campo después de haber recibido diez heridas muchas de ellas mortales. Recogido por sus mismos enemigos, fué conducido para curarle al hospital de Zaragoza donde permaneció setenta días, al cabo de los cuales fué trasladado prisionero á Francia.

En calidad de tal continuó hasta que en 1824 obtuvo pasaporte para Inglaterra, y allí permaneció comiendo el amargo pan de la emigración hasta 1829. Los sucesos de julio de 1830 dieron aliento á los emigrados, que creyeron llegado también el momento de la revolución en España. San Miguel al frente de 350 hombres atravesó la frontera, pero después de muchos trabajos tuvo que retroceder á los tres días. Permaneció pues en París hasta que en 1834, merced á la amnistia magnánimamente otorgada por Doña Maria Cristina, gobernadora á la sazón del reino, regresó á España aprovechándose como otros muchos de aquel beneficio. Bien pronto se le vió figurar en la política escribiendo *el Mensajero de las Cortes*, periódico donde entre otros trabajos notables publicó una detenida reseña de los acontecimientos ocurridos en España en la época de 1808 á 1823.

Repuesto algun tiempo después en su empleo de coronel, tomó parte como jefe de estado mayor en la expedición de las Amezcuas y en la acción del puerto de Artaza. En 20 de mayo del 35 ascendió á brigadier. En Mendigorria recibió una leve herida de bala y alcanzó una cruz de San Fernando de tercera clase, y peleó como siempre, con denuedo, en los Arcos, en el castillo de Guevara, y continuó de jefe de brigada hasta que en marzo de 1836 fué llamado á Madrid, donde se le confirió el nombramiento de comandante general de Huesca y capital general interino de Aragón. Agradecieron los aragoneses este nombramiento, y gracias al prestigio é influencia de San Miguel, varió un tanto la actitud amenazadora que presentaban los ánimos á consecuencia de la caída de Mendizabal. Pero aunque el general para apaciguar los ánimos se esforzó no poco, y hasta llegó á escribir algunos artículos favorables al nuevo ministerio en un periódico de Zaragoza, el descontento siguió acreciéndose; y el general se vió bastante comprometido luchando entre su deber como autoridad y sus afecciones políticas. El pronunciamiento de Málaga vino á aclarar su posición, y conociendo que el movimiento iba á ser general, que se presentaba amenazador y podía ser sangriento, convocó á las autoridades todas y de comun acuerdo se secundó el grito, se proclamó la Constitución de 1812 y se pidieron nuevas Cortes. San Miguel fué nombrado presidente de la junta superior de la provincia. Su conducta conciliadora y enérgica al mismo tiempo, evitó entonces como en otras ocasiones mayores conflictos. Promovido el 11 de junio al empleo de mariscal de campo, fué nombrado en agosto general en jefe del ejército del centro, pero conservando la capitania general.

Sería demasiado extenso reseñar aquí las importantes operaciones que dirigió y practicó en su nuevo cargo hasta 1837. Consignada está su conducta en las páginas históricas de aquella época. Creemos que cumplió dignamente con los deberes que le imponía su comprometida posición. Si sus actos fueron criticados, si no merecieron tampoco la aprobación de aquel gobierno, culpa fué mas bien de las circunstancias; pero al menos obró como leal é hizo cuanto pudo.

La experiencia que había adquirido en aquella guerra, le sugirió un plan de operaciones, que fué el de perseguir sin cesar á los enemigos, sin permitirles establecerse en parte alguna, reducirlos en fin á sus guaridas en los montes.

Cantavieja llamó con especialidad su atención, porque desde aquel punto imponían á gran parte de los pueblos de Teruel y á algunos de Zaragoza; y al afecto procuró reunir fondos y el material de artillería necesario.

Fuérle preciso antes hacer levantar el sitio de Gandesa sostenido por Cabrera, cosa que consiguió con facilidad, pues dos horas antes de llegar San Miguel con su división, huyó el jefe carlista hacia los puertos de Beceite. Aseguró un tanto los medios de defensa á la plaza que acababa de salvar, y siguió su camino; pero recibió orden del gobierno para variar de dirección y marchar hacia Molina de Aragón para operar contra el cabecilla Gomez en combinación con Alaix y Rivero.

Esta orden contrarió su plan, pero obedeció. Llegó á Montalvan y allí dejó dos de los ocho batallones que llevaba, por no dejar desprovisto de tropas un país que tanto las necesitaba; pero sabiendo que los carlistas se encaminaban hacia el marquesado de Moya, marchó no á Molina, sino á Teruel, donde recogió fondos, y siguió á Moya el 15 de setiembre, tan oportunamente, que hallándose el enemigo en el campo de Utiel amenazando á Requena, la aproximación de las tropas de la reina le hizo levantar el campo y dirigirse á la Mancha.

Creó que San Miguel no debía alejarse del territorio de su mando dejándolo á descubierto; sabía que Gomez estaba fuera de su alcance, y se dirigió á territorio de Valencia, donde operaba el resto de las fuerzas de su mando.

A consecuencia de los movimientos de las facciones de Forcadell, Llangostera y fraile Esperanza, y de una entrevista que celebró con don Ramon Maria Narvaez,

abandonó para mas adelante su proyecto de atacar á Cantavieja, y despues de varias operaciones regresó á Zaragoza en busca de fondos.

Al salir de esta ciudad, el 3 de octubre, recibió San Miguel nueva orden del gobierno, para trasladarse á Molina con el mayor número de fuerzas posible para operar contra cinco batallones navarros que se decia haber pasado el Ebro á las órdenes de Villareal, y se dirigian á Castilla: de nuevo volvía esta orden á contrariar los planes de San Miguel sobre Cantavieja; y era necesario renunciar á semejante proyecto obediendo rigurosamente aquella; en efecto, la estación avanzaba sin dar tregua de ninguna especie. « En este conflicto, dice el mismo San Miguel, sabiendo por otra parte que la nueva expedición navarra se dirigía al Norte en lugar de venir á Castilla, resolví, despues de haber pesado bien las circunstancias, tomar sobre mi la responsabilidad de una expedición por tanto tiempo diferida y de todos tan ardientemente deseada. »

Efectivamente, San Miguel organizó la indicada expedición sobre Cantavieja, y para llevarla á cabo salió de Teruel el 14 de octubre, presentándose delante de la plaza el 27, estableció las baterías la noche del 30 al 31; y en la mañana de este último día verificó su entrada en la plaza, que abandonaron los enemigos. Fué importante la toma de Cantavieja bajo el punto de vista manifestado al anunciar el proyecto; estaba defendida aquella fortificación por 700 ú 800 hombres, mas que suficientes para mantenerla, contando con el apoyo de las facciones que discurrían por el exterior: era preciso tomarla en breve, pues prolongado el sitio el resultado pudiera ser dudoso, ya por las fuerzas contrarias que se reuniesen á defender á los sitiados, ya por adelantarse la estación á poner un dique á los progresos de las tropas isabelinas. « Un día ó dos mas delante de la plaza, dice San Miguel, hubiese sido nuestra ruina. No teníamos ni pan, ni vino, ni aguardiente, ni techo, ni apenas leña, con un frío espantoso que dejaba yertas nuestras tropas. » Tan apremiante estado fué resuelto por el previsor cuidado que el general en jefe del ejército del centro tuvo en reunir el tren de batir necesario para asegurar, como aseguró en breve, tan importante conquista.

De Cantavieja salió San Miguel el 3 de noviembre, no sin haber organizado su nueva guarnición y pensar en el aumento de los medios de defensa de la plaza: en Teruel, á donde llegó el 5, supo que Gomez se acercaba á la provincia de Cuenca de regreso á Andalucía, y el 6 continuó su movimiento sobre Moya, á donde llegó el 8. Sabiendo dos días despues que los carlistas expedicionarios se habian corrido hácia Trujillo y Cáceres, volvió San Miguel al territorio de Aragón, donde siempre consideró mas necesaria que en parte alguna la presencia de sus tropas.

Nuevas operaciones emprendió despues; pero ya hemos indicado que sus actos merecieron no pocas censuras, achacándole haber dado lugar á que se frustrasen los proyectos que el gobierno tenia para reunir fuerzas suficientes con que batir completamente á Gomez.

Electo despues de estos sucesos diputado por Oviedo en las Constituyentes, contribuyó con sus luces al establecimiento del nuevo Código constitucional de 1837, y formó parte del gabinete Espartero que sucedió al ministerio Calatrava, desempeñando los cargos de ministro de la Guerra y de Marina, y mostrándose digno de su posición en los momentos en que Don Carlos amenazaba penetrar en la corte. Su actividad, perfectamente secundada por el capitán general del distrito don Antonio Quiroga, hizo inútiles los intentos del Pretendiente. Este tuvo que retirarse y la tranquilidad pública se conservó inalterable. En octubre del mismo año hizo San Miguel dimisión de ambas carteras, y hasta 1840 se limitó á desempeñar el cargo de diputado por Zaragoza primero, y por Oviedo despues.

En este último año y hallándose en la capital de Asturias á consecuencia del pronunciamiento de setiembre, fué nombrado presidente de la junta de aquel principado, viniendo á Madrid como representante de la misma, hasta que constituida la regencia provisional fué encargado de la capitania general de Castilla la Nueva. En 1841 volvió á representar como diputado á la provincia de Zaragoza, tomando una parte activa en las deliberaciones de aquella asamblea y apoyando el establecimiento de la regencia de Espartero. Constituida esta, fué nombrado de nuevo ministro de la Guerra. El periodo de su administración fué un nuevo testimonio de su suficiencia para tan importante cargo. A él fueron debidas la nueva organización del ejército, la de la reserva de provinciales, la del establecimiento del colegio militar para todas las armas, y otras medidas no menos importantes; pero tuvo la desgracia de que en aquel periodo ocurriesen los acontecimientos del 7 de octubre con todas sus fatales consecuencias. No nos es dado aquí penetrar en la averiguación de la responsabilidad que pudo haberle. Sabido es que aquellos acontecimientos trajeron ó contribuyeron á traer la coalición de 1843. Es de advertir sin embargo, que ya en mayo del 42 habia caído el ministerio de que él formó parte á consecuencia de un voto de censura; que en junio fué nombrado capitán general de las provincias Vascongadas; que su conducta en este cargo fué generalmente aprobada; que en 1843 se le encargó la dirección de estado mayor, fué ascendido á teniente general y nombrado en 17 de junio capitán general de Castilla la Nueva.

En estos momentos fué cuando ocurrió el memorable pronunciamiento de 1843. Mucho debió Madrid en aquellos momentos al proceder leal y conciliador del capitán

general del distrito. Su posición era muy excepcional, pero su cordura se señaló de una manera notable. Los hechos son bastante recientes para que nos detengamos en detalles ni comentarios. Cuando conoció que la resistencia sería temeraria, que la suerte de 10.000 familias estaba comprometida, comprendió su deber y dejó libre su puesto para que lo ocupase la persona á quien considerase á propósito el nuevo gobierno que se iba á establecer.

Desde entonces hasta 1853 vivió hasta cierto punto retirado de las luchas candentes de la política, si bien considerado como uno de los patriarcas del partido progresista. En este largo periodo distribuyó su tiempo, empleándolo unas veces en trabajos literarios, como lo acredita su historia de Felipe II, y la vida de don Agustín Argüelles, y otras, en las discusiones parlamentarias como diputado por Madrid y como senador del reino, para cuyo honroso puesto fué nombrado en 1851. En 1846 con motivo del venturoso enlace de la reina, recibió su despacho de teniente general. En 1847 fué nombrado individuo de la junta de ordenanza. En 1849 obtuvo el cargo de ministro en el supremo tribunal de Guerra y Marina; pero renunció esta honra. En 1852 tomó asiento como individuo de número en la Academia de la historia.

De cuartel en Madrid y desempeñando el cargo de fiscal y presidente por antigüedad de la junta de ordenanzas, se encontraba cuando ocurrió el movimiento de 1854.

Bien conocidos son sus hechos de aquellos días, y la parte que tomó en tales acontecimientos. Su influencia en las masas, el prestigio de su nombre, el valor con que afrontó no pocos riesgos y el poder de su palabra, contribuyeron muy eficazmente á contener los anárquicos impulsos de muchos revoltosos y á alentar á los sensatos, evitando sin duda por este medio escenas deplorables. La corte le fué deudora en los momentos de mas peligro de un inmenso beneficio, y vencedores y vencidos en aquellos momentos de crisis le deben estar reconocidos por su conducta, tanto por lo que hizo como presidente de la junta revolucionaria de Madrid, desempeñando por algunos días y mientras llegaba Espartero á la corte los cargos de capitán general de la provincia y ministro de la Guerra, ó mejor dicho, ministro universal, como por la energía con que el 31 de agosto se opuso á las descabelladas pretensiones de los revoltosos, contribuyendo á evitar un nuevo conflicto y siendo objeto de groseros insultos en la calle de la Montera por parte de algunos espíritus exaltados. Desde esta época en que fué nombrado capitán general de ejército, y durante un largo periodo, hasta que pasó en 1855 á ocupar el cargo de comandante general de alabarderos, desempeñó el de inspector general de la milicia nacional, al mismo tiempo que tomaba parte en las tareas legislativas de las Cortes constituyentes como diputado, en cuyo cuerpo ocupó provisionalmente la presidencia. En este tiempo le fué conferido por Su Majestad el título vitalicio de duque de San Miguel con la grandeza de España de primera clase.

Desde 1856 hasta la fecha, no ofrece la vida de este eminente personaje episodios dignos de especial mención. Dedicado al constante desempeño de sus obligaciones, como jefe del real cuerpo de Alabarderos y como senador del reino, cual si conociera ya que se acercaba el momento supremo de su existencia, su ocupación favorita era el hacer bien con mano pródiga, invirtiendo casi todo su sueldo, único patrimonio que poseía, en hacer limosnas. Había señalado una porción de pensiones á familias necesitadas, y todo el capital que al morir ha dejado consistía en 14.000 rs. Su honradez y delicadeza puede demostrarse con el siguiente rasgo: Habiendo fallecido el día 29, ha dejado hecho el encargo especial de que se devuelvan á la caja del cuerpo los dos días de sueldo que faltaban al mes, no cumplido. Según nuestras noticias, en su testamento ha dejado consignado el deseo, para que se signifique á S. M., de que se perpetúe su título en alguno de sus herederos.

Su muerte, acaecida á los setenta y siete años y medio de edad, ha sido una verdadera pérdida para el país, y muy especialmente para las letras, puesto que dejó varios trabajos inéditos y algunos sin concluir. De su historia de los *Capitanes célebres de la antigüedad*, solo ha visto la luz pública un tomo, pero creemos que habia concluido otros dos. Lastima sería que sus herederos dejen yacer en la oscuridad estos trabajos.

De los escritos de San Miguel recordamos la *Historia de Felipe II*, la *Vida de don Agustín Argüelles* y la obra *Capitanes célebres*, en cuyo primer tomo se hallan incluidas las vidas de Scipion, duque de Alba, Don Juan de Austria, Annibal, Alejandro Farnesio y Federico, y en cuyas historias se ven compendiadas cuantas proezas inmortalizaron sus nombres; dos folletos sobre los sucesos de 1820; uno sobre su conducta en el mando de Aragón y sucesos de 1836; otro sobre las ocurrencias de Madrid en julio de 1843, y otros seis titulados: *De la guerra civil*. — *Los Facciosos*. — *Constitucion y Estatuto*. — *Aristocracia*. — *Las próximas Cortes*. — *Paz, orden y justicia*. — *España en octubre de 1839, paz*. — En todos estos escritos, algunos de ellos muy conocidos, todos interesantes, lo mismo que en los numerosos artículos que publicó en *el Espectador*, periódico que fundó en 1822, y en el que tuvo como colaboradores á Alcalá Galiano, Infante, don Gabriel José García, Angulo, Pidal y duque de Rivas; y en las columnas de *el Mensajero de las Cortes*, que fundó también en 1834; en todos estos escritos, repetimos, se encuentran muchas y muy elocuentes pruebas de la capacidad, sano criterio y relevantes condiciones de hombre de Estado eminente.

Entre los varios honores y condecoraciones del general San Miguel, recordamos en estos momentos la medalla de sufrimiento por la patria; la cruz concedida al ejército de Asturias; la del 7 de julio de 1822; la de Mendigorria; la de tercera clase de San Fernando; la de la toma de Cantavieja y las grandes cruces de San Fernando, San Hermenegildo y Carlos III.

El general San Miguel es una de esas grandes figuras que suelen mirar con respeto los contemporáneos cuando la pasión no los ofusca, y la posteridad, porque es la encargada de reparar las injusticias de los contemporáneos. Por nuestra parte, sentimos no nos sea posible poner bien de relieve los títulos que el general San Miguel tiene á la consideración de la patria como militar entendido, como político honrado y consecuente, como amante de la dinastía y de las instituciones liberales, como orador lógico y concienzudo, como periodista distinguido y antiguo, como literato en fin, y sobre todo como ciudadano honrado en cuyo pecho no han hallado abrigo nunca pasiones ruines ni pensamientos bastardos. La patria no consolada aun de la pérdida de Argüelles, de Martínez de la Rosa, de Quintana y de tantos otros como ilustraron las páginas de nuestra moderna historia, no puede menos de llorar con doble pena la nueva pérdida que hoy lamentamos.

El cielo dé á todos el alto premio á que los hacen acreedores sus servicios á la sociedad y sus virtudes públicas y privadas.

## II.

ARIBAU.

Don Buenaventura Carlos Aribau que acaba de morir en Barcelona, nació en la misma ciudad en 1799. Fué bautizado en San Gervasio á consecuencia de un voto hecho á la Virgen de la Bona-Nova.

Desde niño empezó á dar muestras de no vulgar ingenio. Las *Noches de invierno* y *el Hombre feliz* fueron los dos libros que exaltaron su imaginación infantil. Al estudiar retórica bajo la acertada dirección del doctor Marcé, vió descorrerse un nuevo mundo á su vista. La lectura asidua de los clásicos latinos (con la sola excepción de Petronio) no solamente le comunicó el profundo conocimiento que de la lengua latina poseía, sino que en aquellos tiempos en que en la mayor parte de las escuelas de Cataluña, ó quizá en todas, era lengua extranjera la lengua de Leon y de Cervantes, como Leon y Cervantes y todos nuestros mas insignes escritores, supo reconocer en el estudio de la lengua latina los sólidos cimientos en que debe y deberá siempre apoyarse el estudio de la castellana. No contento con presentar á su maestro largas hileras de bien forjados hexámetros, habíase convertido en el número protector de casi todos sus condiscipulos, librando de algunas serias reprimendas á los que mas fácilmente perdían la cabeza y la paciencia por el intrincado laberinto de breves y largas. Las huellas de esta educación clásica se notan en todos los escritos del poeta y del estadista. En la misma poesía que entre todas las suyas se distingue y descuella, hija ya de otros sentimientos y de otras lecturas, en el inolvidable canto *A mi patria*, digno de Manzoni por el delicado sentimiento poético, y prototipo de lo que ha de ser en nuestros días la lengua literaria catalana, hay algo que recuerda la sobriedad y precisión de la frase latina. En todas las demás poesías que hemos visto, y sobre todo en las castellanas, esta influencia latina se deja sentir con mas fuerza, y algunas veces, como muy frecuentemente acontecía á los excesivamente apasionados de la literatura clásica pagana, hasta en perjuicio de la espontaneidad, de la originalidad y de la verdad poética. Pero en la prosa, en que no se corren los inconvenientes á que ligeramente aludimos, en la prosa sincera que aspira á presentar el concepto sin los arcos de retórico artificio, en el artículo político improvisado ó meditado, en el escrito de hacienda ó de economía, en la página de crítica ó de biografía literaria, redactada sin pretension de ningún género, la educación clásica de Aribau se manifiesta continuamente y siempre en beneficio de la lengua castellana, que escribe con poca elegancia y con severa corrección. No puede comprenderse como las puertas de la Academia española hayan podido estar para él siempre cerradas.

En 1814 emprendió el estudio de la filosofía en el Colegio episcopal, y á pesar de sus quince años, no satisfecho con las ideas que entonces, no sin fundamento, se llamaban *rancias*, alzó la bandera de rebelion y tuvo escolásticas reyertas con los condiscipulos mas dóciles á la autoridad del maestro y hasta con sus maestros.

La Junta de comercio habia confiado la cátedra de física experimental á don Pedro Vieta, y Aribau se aficionó á aquella asignatura tan diversa de la que entonces se explicaba, tan acorde con la que actualmente se explica (con gloria del profesor y provecho de los discípulos) en el seminario conciliar de Barcelona. Muchos de los que en Barcelona pasen la vista por estas líneas habrán sido discípulos de don Pedro Vieta, y conocen las excelentes cualidades de este apreciable catedrático.

(Se concluirá.)

## Real Academia española.

RESUMEN DE LAS ACTAS Y TAREAS DE LA MISMA EN EL AÑO ACADEMICO DE 1861 A 1862, LEIDO EN LA JUNTA PUBLICA DE 28 DE SEPTIEMBRE DE 1862 POR EL SECRETARIO PERPETUO DE LA MISMA CORPORACION, DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

(Conclusion.)

Tambien ha resuelto este cuerpo que á esta edicion, en cuya parte material se ha de poner grande esmero, acompañe un retrato de Cervantes grabado en acero, y que literariamente la recomienden noticias históricas y bibliográficas, y juicios críticos sobre la novela en general, sobre la novela española y sobre las contenidas en la proyectada coleccion, con otros pormenores que el acta expresa; todo ello encaminado á que no falte á la obra ningun atractivo para que la tengan en estima los inteligentes. Y en el mismo dia, á fin de popularizar tan amena lectura como á todas luces merece, se acordó hacer otra edicion de las propias novelas mas económica y manejable, excluyendo por obvias razones la *Tia fingida* y tambien las eruditas investigaciones que ha de contener la primera; mas no sin que al pie de las páginas respectivas se aclaren las palabras ó frases que puedan ofrecer alguna dificultad al vulgo de los lectores. Para redactar y disponer ambas publicaciones fueron comisionados en junta de 22 de enero los señores Cañete, Tamayo y Necedal.

Todas las comisiones citadas se reúnen con la frecuencia que permiten á sus individuos otras ocupaciones académicas, ó inherentes á los cargos públicos que muchos de ellos desempeñan, y como es natural, adelantan mas ó menos en sus respectivas tareas, segun la diversa índole de unas y otras.

Ocurrido el 7 de febrero último el fallecimiento del dignísimo director de esta corporacion el excelentísimo señor don Francisco Martinez de la Rosa, á todos nos contristó sobremanera tan infausto acontecimiento, aunque harto previsto por la edad ya avanzada del difunto, y por ser notorio que desde la última de nuestras juntas por él presidida (la de 28 de noviembre anterior) se habia gradualmente agravado la crónica dolencia que le llevó al sepulcro. La Academia en cuerpo acompañó al cadáver en su conduccion al cementerio, dispuesta con singular solemnidad por el Congreso de diputados, del cual era presidente el ilustre finado, y concurrió asimismo á los santuosos funerales que posteriormente se celebraron para sufragio por su alma en la iglesia de San Francisco. No satisfecha con este tributo de veneracion y cariño, y teniendo presentes las especiales circunstancias que como académico distinguieron al difunto, ya muy estimado por otros méritos y servicios que nadie ignora, y entre ellos la de haber terminado con él la serie de directores perpétuos, porque en lo sucesivo ha de ser trienal este cargo, y la de ser el decano del cuerpo, que se honraba con contarle entre sus miembros desde el año 1814, resolvió en la junta de 13 de febrero, á propuesta de los Excmos. señores marqués de Molins, don Ventura de la Vega y don Antonio Alcalá Galiano, costear, además de las cien misas anteriormente acordadas, otras solemnes exequias, si bien menos santuosas, para rogar á Dios por la salvacion de tan benemérito patricio y literato: que á ellas fuesen invitadas las otras academias y corporaciones literarias, y tambien el Senado, el Congreso, el Consejo de Estado y todas las principales autoridades de la corte: que como indicio de que al Académico se iban á consagrar especialmente las preces de que se trataba, no recibiese el túmulo otro ornato que colocar sobre la almohada mortuoria la medalla de tal académico usada por el fallecido: que el mismo dia se tuviese en loor suyo una junta pública, y en ella, ostentando ya el salon, si era posible, el retrato del referido director como el de sus antecesores, se leyese un discurso adecuado al objeto.

Agradable sorpresa fué para la Academia el saber que ya, espontáneamente y movido de su respetuoso afecto á Martinez de la Rosa, el señor Rubí traia escrito el discurso necrológico que acababa de proponerse; si bien, por haberle redactado apresuradamente, y solo para conocimiento y uso ulterior de la Academia, como otros de su especie ya leídos y archivados en ella, y no teniendo conocimiento de la indicada proposicion, le conceptuaba, sobre diminuto, desprovisto de galas y dote oratorias requeridas por un documento que iba á hacerse público y en semejante solemnidad. No fué de esta opinion la junta luego que á instancias suyas lo leyó el modesto autor, pues desde luego acogió como digno del asunto y le agradeció mucho su trabajo, quedando no obstante á su arbitrio el ampliarlo y modificarlo cómo y en lo que le pareciere oportuno. Así lo hizo el señor Rubí, aprovechando el escaso tiempo que mediaba hasta el dia de las honras y sesion pública para incluir en el panegirico curiosas é importantes noticias del preconizado, que su diligente celo le pro-



El señor Delle Sedie, baritono del Teatro Italiano. — (Véase la Revista de Paris.)

porcionó, y no constan en ninguna de las biografias que sobre el citado personaje y durante su vida se escribieron.

En las dos juntas siguientes (20 y 27 de febrero) se hizo constar que ya estaba á nuestra disposicion el retrato de Martinez de la Rosa, cedido á la Academia por los herederos, tan luego como supieron que nos seria doblemente grato por ser trasunto de compañero tan amado, y porque era debido al hábil pincel del no menos ilustre académico que iba á reemplazarle en el cargo de director nuestro, del Excmo. señor don Angel Saavedra, duque de Rivas, que á él fué interinamente promovido en la sesion del dia 20; y no siéndole posible presidir la pública, ya muy próxima, por impedírsele el mal estado de su salud, se acordó que durante la expre-

fecto é incompleto, no siendo ni lo uno ni lo otro, debe sin escrúpulo ni examen recibir vocablos y giros nuevos, tomándolos de otras lenguas; segunda, la de que confundiendo lo popular con lo vulgar y aun bajo, inclina á algunos escritores á preferir para la expresion de sus ideas las frases y palabras mas triviales, como si solo ellas fuesen castizas, desdeñando otras mas nobles aunque menos al alcance de la multitud. » Versó el discurso del señor Garcia Gutierrez sobre la poesia vulgar castellana, considerándola en su forma mas rudimentaria, esto es, en los refranes y proverbios, y en la mas correcta de cantares octosilabos y seguidillas. En nombre de la Academia, y discurrendo tambien sobre los respectivos temas indicados, contestaron al señor Campoamor el Excmo. señor marqués de Molins, al señor Valera el Excmo. señor don Antonio Alcalá Galiano, y al señor Garcia Gutierrez el señor don Antonio Ferrer del Rio.

La plaza de académico vacante por la defuncion del Excmo. señor don Francisco Martinez de la Rosa fué conferida al Excmo. señor don Luis Gonzalez Bravo en la junta ordinaria de 10 de abril.

Respecto de académicos correspondientes, la corporacion ha sabido con sentimiento que entre los extranjeros cuenta uno menos por haber fallecido el señor don Joaquin Pesado, ciudadano de Méjico, y tiene la satisfaccion de ver aumentado el número de los españoles con el señor don José Fernandez Espino, por la provincia de Sevilla; el Ilmo. señor don Antolin Monescillo, obispo de Calahorra, por la de Logroño, y el señor don Camilo Alvarez de Castro, chantre de la catedral de Salamanca, por esta provincia. El primero fué nombrado en 10 de octubre, el segundo en 27 de marzo y el tercero en 26 de junio.

El aniversario de la muerte de Cervantes se verificó el 28 de abril último, habiéndose forzosamente retardado cinco dias, porque el 23, que es el prevenido por reglamento, cayó dentro de la octava de Pascua de Resurreccion. Las honras, cuyos pormenores constan en la *Gaceta de Madrid* de 3 de mayo último, se celebraron, como el año anterior, en la iglesia de religiosas Trinitarias, en la cual fué sepultado aquel esclarecido ingenio: sin alteracion esencial fué seguido el programa observado en las de 1861, de que en mi anterior resumen di cuenta; pero si puedo, por ya conocido, omitir aquí su minucioso relato, no debo pasar en silencio tres circunstancias que dieron no poco realce á la funcion de que hablo: haberla favorecido con su asistencia hasta ocho dignos prelados: haber celebrado de pontifical el Excmo. señor don Lorenzo Barilli, arzobispo de Tiana y nuncio apostólico de Su Santidad en estos reinos, y haber pronunciado la oracion fúnebre, impresa á expensas de este cuerpo, nuestro recién nombrado correspondiente, el ilustrísimo señor don Antolin Monescillo, arriba citado, que expresamente vino de Calahorra para darnos este grato testimonio público de su deferencia.

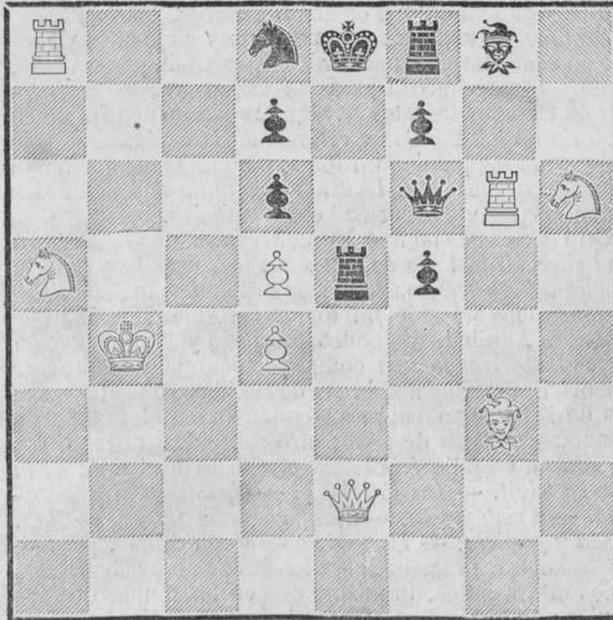
## Problemas de ajedrez.

Solucion del número 31.

- 1 T 4a ARa jaque R come P
- 2 T 4a CR
- 3 C ó A jaque-mate.

PROBLEMA NUM. 32, POR M. W. JEROME.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en seis jugadas.